

FEDERICO:
SÍ O SÍ POETA

JOSEFINA RILLON

ILUSTRACIONES DE
VERÓNICA RODRÍGUEZ



e I.S.B.N.: 978-956-12-2711-8.
1ª edición: febrero de 2016.

Gerente editorial: Alejandra Schmidt Urzúa.
Editora: Camila Domínguez Ureta.
Director de arte: Juan Manuel Neira.
Diseñadora: Mirela Tomicic Petric.

Editado por Empresa Editora Zig-Zag, S.A.
Los Conquistadores 1700. Piso 10. Providencia.
Teléfono 562-228107400. Fax 562-228107455.
www.zigzag.cl / E-mail: zigzag@zigzag.cl
Santiago de Chile.

Índice de contenido

1 Decisión tomada

2 No todo lo que brilla es oro

3 Pitago… ¿qué?

4 Todo por una simple pluma

5 ¿Sopaipillas o galleta?

6 Nelson y Prat

7 Siga participando

8 Casi post mortem

9 Convalecencia

10 Fuera frenillos y moño

11 De la noche a la mañana

12 Vegetal-Ariano

13 El soldado desconocido

14 Deudas y pérdidas

15 Confesiones inconfesables

16 La vida por la vía

17 Un amigo es un tesoro

18 Mateo express

19 ¿Pro… pro… fe, fe… so, so… ra, ra o mu, mu… mu, mu… sa?

20 Definitivo: no se me da el inglés

21 ¡Feliz año nuevo!

22 Primera prueba: la separación

23 No era tan fome

24 Pan con mermelada

25 Mochila de la eventualidad

26 Sí o sí

A TODOS LOS QUE TENGAN
ALGO DE FEDERICO.

1 *Decisión tomada*

Estaba despierto cuando amaneció. No había pegado un solo ojo y me había dado vueltas como asado al palo toda la noche hasta que por fin, y después de pensarlo varias semanas, había tomado la decisión más importante de mi vida: sería poeta. Sí, poeta, de esos que plasman en un papel sentimientos puros, profundos y con palabras que nadie usa, pero que suenan bacán. Ellos viven de suspiros e ilusiones. Son pálidos, flacos y se desangran de amor, pero aunque uno no lo crea son felices.

Desde hoy comenzaría a construir mi futuro y a sacarme la mugre por llegar a cumplir con mi vocación. Fui eliminando de a una la ingeniería, las leyes, ser arquitecto y para qué decir trabajar encerrado en un banco como mi papá. Todas terribles de fomes, además que cada vez son más los que estudian esas cosas y las pegas, menos.

Como a los poetas nunca les ha interesado la plata, ni estar en la farándula ni ser "rostro" de ninguna parte, y a mí tampoco, entonces calzaba perfecto con ellos. Eso sí, me gustaría recibir invitaciones, miles de invitaciones para firmar mis libros en todas las librerías y bibliotecas chilenas y de otros países. Ya me veo usando una boina negra, fumando pipa y escribiendo con pluma todos los autógrafos.

Era muy temprano todavía, pero me levanté igual para aprovechar el día, como nos dice el abuelo Julio todas las mañanas en el verano: "niños, *carpe diem*", que en latín significa algo así como sacarle el jugo al día.

Lo primero y lejos lo más importante para ser poeta, es tener una musa; la razón de ser, el motor que mueve el alma del artista, una mujer que nos haga vibrar y nos dé la inspiración necesaria para escribir nuestros versos. Todos los grandes las han tenido, entonces era obvio que yo también la tuviera. Bueno, dicen que las musas casi nunca saben que lo son y que llegan sin previo aviso a emocionar y a conmover el corazón del poeta. Pero yo no podía esperar, porque no tengo paciencia, así que decidí buscarla no más. Desde ahora no podía pavear ni dejar pasar ninguna oportunidad.

Sabía, porque había visto un programa en la tele, que casi ningún poeta tiene mucha suerte con sus musas. Lo más típico era que al principio ellas los pescaban cualquier cantidad, pero después les bajaba la tontera, se aburrían y los dejaban botados. Entonces los pobres hombres quedaban ahí solos y destrozados de pena. No sé cuántos terminaron enfermos por pasarse días sin comer ni dormir. Ojalá que la mía no sea una de esas, o yo no sea tan gil para dejarme engrupir. Es obvio que no me gustaría sufrir como ellos, porque si no duermo ando más distraído que nunca y me llegan el doble de castigos. Si dejo de comer, a mi mamá le baja con que tengo que tomar remedios para el apetito y le da con meterme comida todo el día.

¿Cómo no voy a encontrar una niña sencilla y buena? Ni siquiera pido que sea bonita, mil veces prefiero que sea sensible. Pero como de todas maneras iba a ser poeta, tenía que aperrar no más.

Bañado y con el pelo limpio, me vestí con la ropa más formal que tengo: unos pantalones beige que me quedan un poco grandes todavía, pero igual pasan piola, una camisa celeste y chaqueta azul. Con esta sería la tercera vez que la usaba. La primera fue para las bodas de oro de mis abuelos y la

segunda, cuando se casó mi primo mayor.

Partí muy decidido. Lo mejor, pensé, era buscar primero dentro del condominio donde vivo, hay como treinta casas y en todas viven familias con varios hijos. Lo recorrí como tres veces y en todas las vueltas no vi pasar a nadie más que a la señora Matilde con Pascual, su perro salchicha. Para variar, el tonto me pegó la desconocida, ladró y se fue de hacha a morderme los pantalones. Le mandé un solo grito y el muy valiente metió la cola entre las piernas y se fue todo achunchado.

No entró ni salió ningún pelagato más, y como a las diez y media, le pedí permiso a mi mamá y me fui al mall que está cerca de mi casa. Ahí sí que está lleno de mujeres, pensé, porque siempre veo a un montón de mamás con sus hijas, a mis compañeras de curso y también a niñas de otros colegios que van en grupo todos los sábados. Para ellas es lo mejor pasarse la mañana ahí y para nosotros los hombres, la lata máxima; pero si la montaña no viene a uno, hay que ir allá.

Mientras caminaba, se me ocurrieron mis primeros versos que fui memorizando hasta llegar. Ahí entré al café que está en la entrada, pedí un lápiz y los escribí en una servilleta, igual que la Rowling con su saga de Potter:

Emprendí ya el camino.
Salí a buscarte, musa,
sin rumbo, sin destino.
Solo necesito de tu corazón,
de tu alma y de tus ojos,
para inspirar los versos.

2 *No todo lo que brilla es oro*

Comencé a caminar, arrastrando los pies, con las manos en los bolsillos y la vista media perdida, para darme un aire de misterio como el que tienen casi todos los artistas. Al principio me costó un poco, porque igual tenía que estar mirando para todos lados, y además concentrado en no caerme. Como no fui el primero de la lista cuando Dios repartió eso de hacer varias cosas a la vez, las primeras vueltas fueron bien fomes.

Cuando llevaba más de dos horas yendo para allá y para acá, y en todo ese rato no vi pasar ni a un cuarto de musa, me empecé a bajonear. ¿Dónde estaban todas las niñas? ¿Sería muy temprano todavía? Obvio, era sábado y siempre se levantan más tarde. Estoy seguro de que van a llegar en grupo, me dije. Solo tenía que tener paciencia y esperar. No me iba a rendir tan luego.

Además ya sabía que los poetas debían pasar por incertidumbres e inseguridades para inspirarse.

Fui a tomar un helado. Estaba muerto de hambre y además tenía que recargar las pilas, porque así como iba, me quedaba harto rato todavía. La promoción te daba la posibilidad de elegir dos sabores. Ahí estaba, mirando la heladera, cuando escuché unas voces justo detrás de mí. Sentí que despertaba de repente y que si hubiera sido perro, habría empezado a mover la cola. Me di vuelta y vi a tres niñas que también estaban eligiendo.

–Yo quiero chocolate suizo con vainilla, por favor –dijo una medio crespa.

–A mí deme chirimoya con lúcuma, por favor. –Esta tenía el pelo café y anteojos.

–Ya Isabel, apúrate para ir a pagar –le dijo una.

–¡Ay, no sé todavía...! Pero bueno ya, deme frambuesa con manjar. Gracias.

¡Era ella! En ese mismo momento estuve seguro, porque sentí que la sangre se me subió hasta los cachetes y que casi no podía respirar, aturdido total. No podía moverme, ni siquiera pestañear.



–¡Niño! ¡Niño! ¿Qué helado quieres? ¡Hey, tú, a ti te hablo!

Oí unas voces bien lejos, como del más allá, pero de bien allá, hasta que sentí que me tocaban el hombro.

–El señor te está hablando, ¡contéstale! –me dijo ella.

–¿Qué? ¡Ah! –casi no podía hablar.

–¿Qué te pasa niño? –me preguntó el vendedor.

–A mí, no nada, nada, ¿por qué?

–¿Cómo por qué? Deja de pavear entonces y dime, qué helado quieres.

–De bellotas, por favor.

–¿Bellotas? ¿De dónde sacaste ese sabor? Jamás lo hemos tenido.

No sabía lo que había dicho, pero como el tipo insistía le mostré cualquiera con el dedo.

–Deme uno de ese blanco y otro del verde, por favor.

–¿De coco y pistacho?

–Sí, justo. –Qué ganas de decirle que me daba lo mismo que fueran de lentejas o de tallarines. La cuestión era elegir luego para poder conocerla.

Con el helado en la mano y tratando de afirmarlo como pudiera para que no se me fuera a caer, me quedé mirándola. Era muy bonita. Tenía el pelo largo y brillante. Los ojos no pude vérselos muy bien, porque movía tanto la cabeza que era imposible. Se tomaba el pelo, se lo soltaba, se lo ponía para un lado y después para el otro, hasta que no esperé más y me la jugué.

–¡Hola, Isabel! –le dije como si la conociera de toda la vida.

–¡Ah, hola! ¿Cómo sabes mi nombre? –me dijo con cara de pregunta.

–Lo acabo de oír. Además porque es súper bonito y casi nadie se llama así.

–¡Qué grupiento! ¿Bonito? ¡Es horrible, me carga! Y es pura mentira que nadie se llama así. En mi sala somos tres y en el colegio hay miles más.

–Yo me llamo Federico y soy el único de mi curso, y creo que del colegio también. Al principio tampoco me gustaba, pero ahora estoy feliz. Me pusieron así por Federico García Lorca, el poeta –le dije.

Con ese comentario me sentí terrible de patético y el más pintamono de los pintamonos que conozco. El poeta no tenía nada que ver con la elección de mi nombre. Mi papá lo eligió porque uno de sus bisabuelos se llamaba así.

–¿Y qué me importa a mí cómo te llames? No tengo idea ni me interesa quién es ese poeta –contestó levantando los hombros, con la cara chueca y la voz bien pesada, pero igual quería seguir hablando con ella.

–Oye, ¿y en qué cole...

No alcancé a terminar la pregunta, porque se dio media vuelta para oír lo que las amigas le decían.

–¡Ya, Isa, apúrate! Ahí está Pablo con los demás.

Alcancé a ver cómo le brillaron los ojos. Se puso toda nerviosa y, sin decirme nada, salió corriendo como si le hubieran salido alas.

Me moví un poco para ver al famoso Pablo. Era alto y con una tremenda espalda, como si fuera jugador de rugby o campeón de natación. La cara y la parada eran las de los típicos que creen que se las saben todas, pero al final nunca le han empatado ni ganado a nadie, porque son unos chantas. Así y todo supe que no podía competir con él.

Me quedé parado, mirando. No, ella no tenía por dónde ser mi musa. ¿Cómo me iba a inspirar en una niña tan chinchosa, pesada y hueca? La mujer que yo buscaba tenía que ser mucho más que una cara bonita.

Era mi primer intento y aunque me había ido mal, estaba seguro de que tendría más oportunidades.

3 Pitago... ¿qué?

–Señor Martínez, ¿puede decirme cómo calcular la hipotenusa de este triángulo rectángulo? ¡Martínez! ¡Federico! Le estoy hablando.

–¿Ah, cómo? ¿Qué me dijo, profe?

–Por segunda vez, dígame cómo calcular la hipotenusa de este triángulo rectángulo.

–Eeeeh..., sí profesor.

Estaba totalmente en blanco. No tenía ni la menor idea de lo que me estaba preguntando. No me sonaba para nada eso de la hipo no sé qué. Moví la cabeza para todos lados, a ver si alguno de mis compañeros me podía soplar algo, pero nadie alcanzó, porque el profesor siguió con el ataque.

–Federico, llevo más de tres minutos hablándole y usted no ha abierto la boca, y además tiene la vista

totalmente perdida, como si lo que acabo de preguntarle fuera en chino.

Le achuntó como número de lotería, pensé.

–¿Sería tan amable de contestar, por favor?

–¿Podría repetirme por última vez la pregunta, profe?

–Quiero saber cómo calcularía usted la hipotenusa de este triángulo rectángulo.

–Ah, sí, es muy fácil. Bueno, yo usaría una regla, una huincha de medir, las para coser o la de los carpinteros, señor –le contesté.

–¿Qué, qué? ¿Qué dice?

El grito del profesor Sanhueza me dejó casi sordo y tiritando como jalea.

–Le dije, profe, que podría hacerlo con una regla, una huincha o por último con cuartas, que no son tan exactas pero sirven igual –ahora le contesté un poco más seguro.

–¡Martínez, le estoy hablando de lo que dice Pitágoras!

–Perdón, señor, pero yo puedo contestarle por mí, porque a ese señor Pitago algo no lo conozco para nada, entonces no tengo ni idea cómo lo haría él.

No volvió a gritar. Se puso blanco como papel, los ojos parecían dos huevos fritos y con las manos tiritonas me mostró la puerta.

–Se me retira ahora mismo de la sala, señor Martínez, y me espera en la inspectoría.

No entendí por qué se había enojado tanto. Al menos pude contestarle lo primero, ¿pero cómo iba a hablar de alguien que no conocía? Nos han repetido más de ochenta mil veces en el colegio, que no tenemos que mentir ni menos hablar por otros porque es de cobardes. Obedecí y entonces, ¿por qué me echaba?

Todos mis compañeros se reían escondidos, aunque yo no supiera de qué, ni los miré, porque me tiento altiro y ahí sí que el inspector me mandaría de una al cuartel de carabineros que está en la esquina.

Como era la cuarta vez en el mes que me echaban de la sala y también sería –estaba seguro– la cuarta amonestación, ahora sí que mis papás me castigarían con todo.

Habían pasado como diez minutos cuando entró el profesor. Venía más tranquilo, las venas del cuello menos hinchadas y los cachetes casi de su color natural. Pero además de sus libros, traía en la mano un papel blanco, que ya

conocía de memoria.

El interrogatorio partió. Con Sanhueza, estaba muerto. Además de profesor de matemática, era mi profesor jefe y sabía exactamente de mis caídas en disciplina y cada una de las notas que ya tenía en el primer semestre.

–Señor Martínez, quisiera saber exactamente lo que está pasando con usted. He recibido muchas quejas de todos los profesores, sobre su actitud distraída en clases, sus notas y, ni hablar, de su poco estudio.

–Profesor, le voy a decir la verdad altiro, total yo sé que aunque usted ande puro pensando en números y en todas esas latas, fue joven y es buena onda.

–Gracias Federico, pero prosiga no más.

–Lo que pasa profe, es que mi única preocupación ahora es mi vocación y mi futuro.

–¿Vocación? ¿Futuro? –lo repitió con las cejas juntas y moviendo la cabeza, como si estuviera diciendo algo de otro mundo.

Ahora me la tenía que jugar con todo. Lo ponía de mi lado o sería mi enemigo número uno. Con una seguridad increíble seguí explicándole mis razones y mis proyectos.

–Mi futuro, profesor. Resulta que tuve la suerte de descubrir, hace como un mes, mi vocación: seré poeta, señor Sanhueza.

–¿Poeta? ¿Y de dónde ha sacado usted semejante idea?

–¡De aquí, señor! –mientras le hablaba, con una mano me golpeaba el pecho, para ponerle más y hacer que el profesor no siguiera tan enojado.

–Pero si apenas tiene catorce años, no sé de qué vocación y de qué futuro me puede hablar usted. Hasta donde yo sé, su futuro más cercano será pasar los cursos hasta completar la enseñanza media y después se verá. Por lo demás, si sigue con esta cantidad de irresponsabilidades y pésimas notas, no llegará más allá de la reja de este colegio –me contestó serio y bien pesado.

–Bueno, eso también lo he pensado, ¿pero cómo voy a frenar esta vocación tan fuerte y clara? A usted le tiene que haber pasado lo mismo cuando pensaba en números, fracciones y seguro que también inventó fórmulas matemáticas, ¿o no?

–¡No! Y no sabe cuánto lo siento, Martínez, pero debo advertirle que deberá dejar ese asunto hasta aquí no más. Por ahora, todo su tiempo y energías tendrán que estar orientadas en poner atención en clase y en estudiar. ¿Le queda claro, señor poeta? Y si vuelvo a tener cualquier queja suya, Federico, me veré en la obligación de llamar a sus padres y suspenderlo.

–Sí, profesor. Me queda claro, clarísimo. –¿Qué más podía decirle a un hombre cuadrado como una ventana y sin una gota de sensibilidad?

Media vuelta y se fue apurado.

Otra desilusión en mi corta vida de poeta, ahora empezaba a conocer la incomprensión de la sociedad. ¿Iba a dejar que me aplastaran y apagaran así como así?

Estos pensamientos, como era de esperar, despertaron altiro mi inspiración y me vinieron estos versos:

Qué solo e incomprendido
se encuentra mi corazón.
¿Cómo explicar mis anhelos,
mi sentido y mi razón?

Me demoré como dos minutos en encontrar un lápiz y lo escribí en una hoja que el profesor había dejado sobre la mesa, al lado de sus libros. Cuando puse el punto final, me fijé que había escrito esta poesía sobre un papel blanco que el profesor traía en la mano y que dejó junto con sus libros arriba de la mesa cuando se fue. Lo di vuelta y ¡sí! era la papeleta que usan los profesores para las amonestaciones. ¡No podía creerlo, me había salvado! El profe no la hizo, seguramente se le olvidó por la impresión y con tanto discurso. Sin pensarlo dos veces, doblé el papel y lo metí en el bolsillo del pantalón. Estoy seguro de que, en algunos años más, será una de las piezas más valiosas que se expongan en algún museo dedicado a los poetas del tercer milenio.

4 *Todo por una simple pluma*

Nunca había esperado con tanta ansiedad que llegara el primer domingo del mes. Ese día mi papá reparte las mesadas. Aunque sabía que me iba a llegar la mitad no más, por culpa de las tres amonestaciones que acumulé en el colegio, tenía que arreglármelas como fuera. Las reglas eran las reglas y la cartilla la conocía de memoria, me la han cantado todos los años desde primero básico. Era poca plata, pero igual me tenía que alcanzar para los materiales. Necesitaba aprender a escribir como los poetas antiguos, con las letras juntas y medio acostadas. La Pepa, mi abuela, escribe así. Dice que le enseñaron las monjas en su colegio cuando era chica. Yo no quería escribir con tantas vueltas como ella, porque era ponerle mucho, pero eso sí, no pensaba ocupar el computador. La cosa era partir lo antes posible. Mi letra ha sido siempre horrible, tanto que ni yo logro entenderla, y según todos los profesores, han tenido que ser magos para descifrarla. He pensado que seguramente por eso me va tan mal en las pruebas de desarrollo.

Tenía que ir a la librería a comprar una pluma. Esas que son como lápices, pero con una punta rara que deja las letras mucho más elegantes. Las conozco porque mi tata escribe con una de ellas. También tinta y papel. Los modelos de letras los iba a buscar en algún libro en la biblioteca del colegio.

Así de claro y urgido partí.

–Buenas tardes, señorita. Necesito una pluma y tinta, por favor.

–¿Un repuesto o completa? –me preguntó.

–Eh, bueno, la quiero completa, gracias.

–¿A inyección o con cartucho? ¿Y qué punta necesitas?

No sabía que hubiera más de una punta. ¿Será como las minas de los portaminas? me pregunté. Pero ¿de cuál pido? ¡Ya!, de cero siete, sí, con esa me voy a la segura, porque el siete trae buena suerte. Entonces con un tono muy seguro le contesté:

–Deme cero siete, señorita.

–No, aquí solo trabajamos las de punta fina, media o gruesa. No tenemos las con número. Entonces, ¿cuál quieres? –me volvió a preguntar, ahora un poco más impaciente y lateada.



¡Cómo iba a saber! Nunca había comprado una pluma porque nunca antes quise ser poeta, por eso no tenía la menor idea de cuál pedir.

–Eeeeh..., a ver déjeme pensar... Miré para arriba, haciéndome el entendido, pero en verdad estaba totalmente en blanco. Hasta que después de unos minutos de silencio, la vendedora volvió a preguntar:

–A ver, ¿para qué la quieres, niño? –ahora más impaciente todavía.

Me carga que me digan niño y más si me ponen cara de asco.

–Para escribir, obviamente, señorita.

–¿Y sabes hacerlo?

¡Ah no! Aquí sí que se pasó. Yo también estaba un poco tostado, por eso le contesté con el mismo tono prepotente y pesado de ella.

–¿Cómo no voy a saber escribir si estoy en primero medio? Es cierto que me costó un poco aprender, pero ya es una etapa totalmente superada.

–¡Calma, niño! No te pongas así, solo quería que me pusieras en el contexto para poder orientarte y darte un buen consejo.

¡Eso sí que está bueno! ¡Insólito! Vengo a la librería a comprar una simple pluma y me encuentro con una vendedora que me hace más preguntas que un agente de la PDI. Me cree analfabeto y además, como si fuera poco, quiere que le hable de mi vocación y de mi futuro. Ni al Quique, que es mi mejor amigo desde kínder, le he contado lo de ser poeta, tampoco a mis papás, y ella en menos de cinco minutos que la conozco quiere aconsejarme. Entonces, bien chato y con harta rabia, le contesté.

–Mire, señorita, ¿cuál es su nombre?

–Marcia, niño.

–Primero, no me diga más niño, porque ya lueguito voy a dejar la adolescencia y seré adulto joven. Segundo, si me disculpa, yo no vine aquí a pedir consejos, ni menos a hablar de mi futuro y de lo que quiero hacer con mi vida, solo vine a comprar una pluma y papel.

–Pero, ¿de qué futuro me estás hablando? –dijo con cara de confundida.

–De mi vocación y el futuro que me espera –le contesté firme y seguro.

–Mira, como te llames, a mí no me importa para nada cuál será tu futuro, tampoco cuál será el mío, pero aquí me pagan para vender y ayudar a los clientes. Ahora, si no quieres asesoría, es problema tuyo.

–¿Sabe qué más, señorita Marcia? Quedemos hasta aquí. Usted siga con su pega de asesoramiento a los desorientados que la necesiten. Yo, gracias a Dios, tengo mis cosas muy claras.

–¡Has lo que quieras! Pero como esta venta puede estar siendo grabada por las cámaras de la librería, tengo que decirte que, aparte de los tres grosores de las puntas que ya te mencioné, también hay un montón de marcas de tinta y de todos los precios. Entonces, ¿vas a comprar alguna?

Y dale con las preguntas. No quise enredarme más con la vendedora y menos con la cuestión de la pluma, así que corté por lo más fácil y le pedí hojas.

–¿Sabe? No voy a comprar la pluma, pero deme hojas. Una resma tamaño carta, la más barata y de cualquier marca.

No dijo nada. Me pasó las hojas, pagué, le di las gracias y me fui.

5 *¿Sopaipillas o galleta?*

Llovía de abajo para arriba, como en el sur. Hacía mucho frío y a la Hortensia, mi nana, le dio por hacer sopaipillas, aunque mi mamá y la Cata, mi hermana mayor, estuvieran a régimen, a los demás nos encantan, así que hizo un montón "para que les duren todo el fin de semana", dijo.

Como a las cuatro sonó el teléfono y yo contesté.

–¿Aló?

–Aló, ¿está Federico?

–Sí, con él. ¿Quién es?

–Hola, soy Samuel Pereira, del cuarto medio C.

–Ah, sí, Pereira. Eres el colorín, ¿verdad?

–Sí, el mismo.

Parece que el comentario no le gustó mucho, porque me contestó bien pesado.

–El Quique Donoso, de tu curso, me dijo que eras bueno para el fútbol y seco al arco, entonces me dio tu teléfono porque necesitamos urgente una galleta para el partido de las seis.

Nunca en tan pocos segundos me había sentido tan confundido. No entendía nada de lo que me decía el colorín.

–¿A las seis? –le pregunté.

–Sí, en el gimnasio del colegio y, como es la final, después vamos a hacer un tercer tiempo con el otro equipo y las personas que vayan a vernos.

Ahí sí que entendí menos. ¿Desde cuándo los partidos de fútbol tenían tres tiempos? Seguramente, pensé, a algún gil se le ocurrió reinventar el reglamento, igual que esa cantidad de famosos o "rostros" que aparecen en las revistas con la misma tontera. Se operan, se ponen otra ropa, se cambian el pelo y hasta de profesión. ¿Para qué hacerlo con el fútbol si con los dos tiempos es más que suficiente?

La cuestión es que igual nunca me han interesado las reglas del fútbol, pero no le dije nada al colorín e hice como que entendía todo. La parte de que el Quique Donoso dijera que yo era bueno para el arco y que necesitaban urgente una galleta, me llamarán a mí, ni jota. ¿Cómo que una galleta?

De todas maneras Pereira se había equivocado de Federico, pero era raro igual, porque yo sé que en el colegio soy el único que se llama así, al menos en la media.

–Ya, Martínez, ¿puedes ir o no?

–Yo creo. ¿Me dijiste en el gimnasio?

–Sí y no te preocupes por la cuota, la puedes pagar el lunes o el martes.

¿Cuota? ¡Además tenía que pagar! No quise saber cuánto. ¿Para qué? A estas alturas era lo de menos, y lo del arco también, pero con lo de la galleta seguía igual de perdido.

Cada vez se le oía más ansioso, obvio, no quedaba nada para las seis y necesitaba saber si yo iba o no.

–¿Todos pagan cuota? –le pregunté para entender algo más.

–Sí, claro, pero tú puedes llevarla el lunes, el martes, o por último, el miércoles.

–No si eso me quedó claro, pero ¿por qué no compran ustedes las galletas

con la plata que tienen, en vez de pedirme a mí que las lleve? Además, con el frío que hace, creo que es mucho mejor que compren sopaipillas en la panadería. Son ricas, baratas y llenan harto.

Silencio. Como que dejó de respirar bien y oí puros suspiros cortos.

–¡Aló! ¿Pereira?

–Aquí estoy. ¿De - qué - me - estás - hablando? –ahora sí que estaba más alterado todavía.

Cada palabra me sonó como tambor mayor de la Parada Militar y con la mejor de mis voces le contesté:

–De eso que necesitaban tan urgente, unas galletas, y que me las pediste a mí.

–Sácame de una duda, Federico, ¿qué tan amigo eres de Donoso?

La pregunta era muy rara, pensé. ¿Qué tenía que ver mi amistad con el Quique en este cuento de las galletas?

–Somos amigos desde prekínder, ¿por qué?

No le iba a decir que estábamos peleados desde el viernes. Se enojó porque le dije inmaduro. Se cayó al suelo de la risa cuando le conté que había escrito una poesía. Para mí sigue siendo igual un niño chico, en todo caso a Pereira no tenía por qué importarle mi amistad con él, y menos ahora.

–¿Tú sabías, Martínez, que Donoso es el capitán del equipo con que nos toca jugar la final?

–No. Ni siquiera sabía que estaban en un campeonato.

–Se nota –me contestó bien pesado. La última cosa, dime ¿hace cuánto tiempo que no juegas fútbol?

–Desde kínder. Una vez me dieron la oportunidad y jugué al arco, pero la firme, la firme, Pereira, no tenía ningún interés en jugar. Me metieron seis goles. Y hasta ahí no más llegaron mis oportunidades, pero me dio lo mismo, porque en primero aprendí a jugar básquetbol y ahora soy de la selección.

Cuando terminé de contarle mi historia con el fútbol, otra vez se produjo el mismo silencio y la respiración casi no le salía. Igual a la de mi papá cuando está tan enojado que nos mataría a todos.

–Ya, Martínez, déjalo así no más. Sigue con el básquetbol.

–Oye, ¿es mucha gente la que va a ver el partido?

–Obvio, ya te dije que era la final. Aparte de casi toda la media, van las familias de los jugadores.

–¡Ah ya! Oye, entonces, ¿el Quique va a llevar las galletas? –le volví a preguntar.

–Olvídate. Yo me encargo de las galletas y especialmente de Donoso. No te preocupes más.

–O.K.

–Chao –y cortó.

Y así se ríen de mí o me retan porque soy un poco distraído, en cambio hay gente mucho más rara que pasa piola, pensé.

Miré el reloj y eran un cuarto para las cinco, alcanzaba a llegar de más al colegio. El partido me daba lo mismo, pero quizás entre tanta gente, pensé, habría alguna hermana, prima o amiga de los jugadores y entre ellas podría encontrar a mi musa.

Fui a la cocina, comí más sopaipillas y envolví otras en una servilleta para

llevármelas. Sigo pensando que cuando llueve y hace frío es mucho más rico comer sopaipillas que galletas.

6 *Nelson y Prat*

En el colegio la mañana había sido bien fome, hasta que nos tocó historia. Teníamos dos horas y aunque el profesor Villegas siempre ha sido más latero que no sé qué, ese día la clase fue increíble.

Llevamos varias semanas pasando todas las guerras que peleó Napoleón para apoderarse de Europa. El tipo se creyó el cuento y pensó que era superior a todos, hasta que por fin, se encontró con un inglés que le paró los carros y lo venció en la batalla de Trafalgar. Se llamaba Nelson y era subalmirante. Esta vez, el profe se olvidó del reloj y de las demás materias, para contarnos la historia completa de lo que pasó ese día entre ingleses y sus aliados contra los franceses y españoles que iban juntos en esta. No se saltó ningún detalle.

Le puso tanto, pero tanto color, que con el Quique y el Pelao nos miramos y pensamos lo mismo: Villegas parecía la reencarnación de algún sobreviviente del combate, y seguro que era del equipo inglés, por lo barrero y además que le fascina todo lo que sea royal, palacios y monarquías.



Cuando llegó a la parte en que el comandante Nelson moría por culpa de un cañonazo que le perforó un pulmón, le cambió totalmente la cara y hasta estoy seguro de que se le cayeron algunas lágrimas, pero como estaba tan metido con la historia, ni siquiera le importó.

En ese minuto el mateo Verdugo, que tiene todo registrado en su disco duro cerebral, se acordó de que nuestro héroe Prat murió casi igual en el combate de Iquique. ¡Se pasó para tener buena memoria! En cambio yo, con suerte me acuerdo del 18 de septiembre por los asados.

Después de esa parte, tomó aire para recuperarse y empezó a caminar por la sala, mirándonos a todos fijamente, hasta que de repente se paró en seco, tosió y con las manos tomadas bien serio, nos dijo:

–Jóvenes, cada uno de ustedes ha recibido muchos talentos y aptitudes. Seguramente todavía no las conocen todas, pero no importa, porque con el tiempo las irán descubriendo y así podrán encontrar su verdadera vocación. Es decir, aquello para lo que han sido llamados. Cuando esto les suceda, no dejen de oír su voz interior, sean fieles a ella y luchen hasta lograr lo que se propongan, cueste lo que cueste. Sigan el ejemplo de aquellos que llegaron a dar la vida por sus convicciones, como lo hicieron Nelson y nuestro héroe Prat.

Terminó el discurso con los ojos brillantes y la mente en altamar. Se produjo un silencio absoluto en la sala. No sabíamos qué hacer ni qué decir, hasta que por suerte sonó el timbre. Mis compañeros salieron disparados como siempre lo hacemos, pero yo esta vez me quedé en el banco. Cada palabra que había dicho el profesor, me había fulminado como un cañonazo: “descubrir la vocación y ser fiel a ella, cueste lo que cueste”.

–Profesor, ¿desde cuándo Nelson quiso ser marino? –le pregunté.

–La verdad, no lo sé, pero me imagino que desde muy joven. ¿Por qué le interesa saber ese dato, Martínez?

–No, por nada en especial profe, solo que quería sacar unas cuentas.

–¿Cuentas? –repitió.

–Sí, señor. Lo que pasa es que como yo ya escuché ese llamado y tengo catorce años no más, necesito calcular como cuántos años me quedan para dar la vida.

–Pero Federico, ¿cómo se le ocurre pensar semejante cosa? Dar la vida por las metas propuestas es una forma de decir, no es que necesariamente todos los que luchen por cumplir sus ideales vayan a morir por ser lo que quieren ser, sino imagínese la cantidad de muertos que habría en el mundo.

En verdad tenía un poco de razón, pero igual me tincó altiro que yo iba a caer en el grupo de los muertos, porque como para ser poeta había que desangrarse por amor, entonces eso de “un decir” no me calzaba mucho a mí, pero me quedé callado, no pensaba en contradecir al profesor y menos asustarlo.

Una vez más me quedaba claro que para seguir la voz de mi vocación, debía ser valiente, además de insistir en la búsqueda de mi musa, así por lo menos mi muerte tendría un sentido. Por ahora entonces, esa sería mi única meta y como dice ño Jacinto, un señor que vive en el campo de mi abuelo, “por er camino se arreila la carga, mijito”.

Con tantas reflexiones y crueles realidades, me vinieron unos cuantos versos que fui memorizando hasta llegar a la casa y poder escribirlos. Cuando entré al condominio, vi a la Hortensia dándole un pedazo de pan recién comprado a la

Anita, mi vecina, que siempre está dando vueltas en bicicleta. Las saludé rápido y también saqué un poco de marraqueta calientita, porque venía muerto de hambre.

Surcando los mares
o en tierras lejanas,
mi corazón dejaré
por encontrarte amada.
No importa cuántas
batallas he de lidiar,
solo sé, que por ti
no dejaré de luchar.

7 Siga participando

Una de las fechas más esperadas por todo mi curso es el cumpleaños del Pelao Silva. ¡Son los mejores! Y como todos los años, el 15 de junio tenemos celebración sí o sí. Además, como es hijo único, la mamá se saca los ojos por hacernos puras cosas ricas: pancitos con jamón y queso caliente (jamón del bueno, no el de oferta, como sería en mi caso), unos alfajores espectaculares con el manjar que traen del campo, chaparritas con salchichas doradas y todas las bebidas del mundo.

Este año estamos "más grandes", según dijo su mamá, entonces el Pelao invitó a varias amigas aparte de las del curso. Algunas veranean con él en la misma playa y las otras son unas primas que viven fuera de Santiago. Como la fiesta iba a ser más producida, nosotros con el Quique nos comprometimos a llegar más temprano para ayudarlo. Pensé que podría ser una muy buena oportunidad. ¿Cómo sabía si, entre todas las que fueran, no estaría la musa que necesitaba?

Las primeras que llegaron, como siempre, fueron la Fran y la Tere. Arregladas y sin uniforme, se veían distintas, pero ninguna era la que yo buscaba, eso lo tenía clarísimo. Así, de a poco, fueron apareciendo los demás, y como el Guatón Fernández se la jugó con la música, altiro nos pusimos a bailar. Yo saqué primero a la Florencia y después a una niña del paralelo que no me acuerdo cómo se llamaba. De las "nuevas", como les pusimos, habían solo dos bonitas para mi gusto, pero una de ellas estuvo todo el rato con el Quique y Matías Hurtado. Cuando llegaron las chaparritas, saqué altiro una, antes de que se acabaran y después salí a la terraza. De espaldas y conversando con el Pelao, estaba la otra "nueva". Era un poco baja, rubia y con el pelo corto. ¿Será de las primas o las de la playa?, me pregunté. Tenía que averiguar quién era, así que me acerqué no más.

–Pelao –le dije terminando de mascar–, lejos lo mejor de tus cumpleaños es la comida.

–Si sé, porque cuando ustedes se van no queda ni una sola miga –me contestó de memoria y sin mirarme, para seguir conversando con ella, pero ahí me fui al ataque otra vez.

–Al final vino harta gente y la música está bacán ¿o no?

Ninguno me pescó. La niña estaba como hipnotizada con lo que le hablaba el Pelao. No sé qué le podía encontrar, me pregunté, porque es tan refome el pobre, pero seguí parado donde mismo. Terminé la chaparrita y traté de meterme en la conversación.

–¡No! Por ejemplo, yo soy fanático del fútbol, pero si tuviera que elegir entre ir al estadio a ver un partido o ir al cine con alguien que me interesa, ni lo pienso y salgo no más –le oí decir.

¡Qué grupiento, se pasó de mentiroso! Cuando casi falta al funeral de su propio abuelo por ir al clásico que jugaba la U, entre otras cosas que ha hecho por el fútbol.

–¡Ay, qué tierno! –le dijo ella, mirándolo con cara de cordero degollado.

–¡Pero Pelao! –me metí yo– ¿Adónde la viste? Acuérdate esa vez que teníamos examen de historia y tú ni siquiera abriste el cuaderno, porque la U jugaba una final de campeonato, y por esa gracia tuviste la peor nota del curso. No, de

la generación completa, mejor dicho. ¿Era un 2 o un 2,3? Imposible que se te haya olvidado, porque estuviste castigado como un mes.

–¿Te sacaste un 2 en un examen final por ir al estadio? –le dijo con una cara de desilusión increíble–. ¡Yo jamás haría eso!

¡Bingo! Despejé el camino para conocer a la "nueva".

–¿Y tú? –por fin me miraba–, ¿hiciste lo mismo?

–¿Yo? ¡No, jamás he sido así de irresponsable! Y menos por un partido de fútbol.

–Se nota altiro que eres distinto, tienes cara de estudioso.

–Sí, claro, súper, no te imaginas cuánto –dijo el Pelao, bien picado.

–No, no tanto –le contesté con cara de humilde y tratando de pasar piola.

Pero la chica salió más viva que nosotros dos juntos, porque no se tragó nada de lo que le contesté y nos dio el tremendo discurso.

–Para mí –dijo–, lo más importante es el colegio y el estudio. Todo lo demás vale hongo. Quiero tener puntaje nacional en la PSU para poder entrar a medicina y aunque me falten tres años todavía, ya me estoy preparando.

Nos miramos con el Pelao y sin decirle nada, la dejamos hablando sola. Ni él ni yo teníamos ganas de oír una charla sobre el estudio y esas latas, menos en una fiesta. Era bonita pero ñoña, ultra mega ñoña. Ella no podría jamás ser mi musa. La veo corrigiéndome la ortografía, el vocabulario y la gramática de mis poesías. ¡Ah no! ¡La enana queda eliminada!

Cuando terminó el cumpleaños, y después de haber comido como condenado a muerte, me fui a la casa con la misma sensación que tuve cuando mi papá me regaló un cartón de raspe para mi cumpleaños. Esperando ganarme un computador, me encontré con la típica frase de consuelo:

"Siga participando"

8 Casi post mortem

Llegué del colegio apenas, me dolía la cabeza, la garganta y el cuerpo entero. Mi mamá estaba en la cocina preparando el té. No alcancé a cruzar el umbral de la puerta, cuando con una sola mirada, me dijo:

–¡Federico, mi amor! ¡Estás con fiebre!

–Parece, mamá, porque me siento pésimo.

No alcancé a terminar la frase cuando se paró como resorte y empezó con lo típico que hace cuando alguno de nosotros está enfermo. Lo primero, una mano en la frente, un beso y después me tocó los dos lados del cuello.

–Calculo que debes tener por lo menos 38,3°.

Siempre he pensado que mi mamá tiene un sensor o, como los termómetros, un poco de mercurio en la palma de las manos, porque nunca se equivoca y le achunta justo con los grados de temperatura que tenemos.

–Ven, siéntate cerca de la ventana porque quiero mirarte la garganta.

Ahora venía la segunda parte de la revisión que ella hace y la que más me carga. Abrir la boca lo más que se pueda, sacar la lengua hasta que duela o den arcadas y decir aaaa... Por último, dejar que te toque detrás de las orejas. ¿Por qué las orejas? No tengo ni la menor idea, nunca le he preguntado. Finalmente, y con absoluta seguridad, nos dice qué enfermedad tenemos.

–Fede, por lo que veo, tienes una tremenda amigdalitis. ¡Pobrecito! Con razón te sientes tan mal. Anda a acostarte, pero no te tapes mucho para evitar que te suba más la fiebre. Voy a llamar al doctor y subo.

Más besos, ahora uno en cada cachete.

En verdad me sentía ultra mal, pésimo. A parte de tiritar de frío, me dolía hasta pestañear. Cuando ya estaba en la cama, llegó mi mamá con un remedio y jugo. Nuevamente un beso, además de cariño en el pelo y las dos manos en el cuello por segunda vez.

–¿Por qué esperaste tanto y no me llamaste para que te fuera a buscar al colegio? –me dijo extrañada.

No me daba para hablar, así es que le contesté con puros quejidos, pero cuando la miré, tuve la sensación de que algo había cambiado. No supe qué, pero estaba distinta, con otra cara. Me tapó un poco y me dio otro beso en la frente.

Tantos besos seguidos, más la cara de preocupación que tenía, me hicieron sospechar que la cosa era grave, muy grave. Entonces, pensé que quizás esta era la forma que ella tenía para comenzar a despedirse de mí, antes de perder para siempre la conciencia.

Si la cosa era así, entonces también en mi pieza empezarían a pasar todo lo que se ve en las películas cuando alguien se muere.

Lo primero y más típico es que entran los familiares más cercanos del moribundo, o sea yo, muy arrepentidos a pedirle perdón por todos los sufrimientos que ellos podrían haberle causado algún día. A veces, después de esa parte y cuando ya no saben qué más hacer para aliviar el sufrimiento del enfermo, le prometen las cosas más increíbles por si logra salir milagrosamente de este trance y se salva de morir.

Esa parte es la que más me gusta de las películas, porque los malos se vuelven buenos y los buenos en arrastrados. Si de verdad me estoy muriendo,

pensé, y si a mi familia les importo, deberían empezar a entrar de a uno en cualquier minuto.

La primera en arrepentirse debería ser la Paula, mi hermana chica. Como es súper metida, siempre entra a mi pieza a revisar los cajones buscando los chocolates que tengo escondidos, se los come y después nunca reconoce que fue ella. Aparte, debería jurar no volver a llorar por cualquier tontera, porque cuando le da, le da y es apestosa.

La Cata, que es la mayor, tendría que pedirme perdón por creer que soy su esclavo. Es tan floja que se la pasa mandándome a hacer todo lo que a ella le da lata: buscar el control remoto, contestar el teléfono y levantar la mesa después de comer. Lo lógico sería que de ahora en adelante, ella fuera mi moza y estuviera a mi disposición todos los días.

Ver a mi papá llorando igual sería cuático, pero más, si reconociera que las notas no son lo más importante, sino que yo aprenda, y que las notificaciones han sido pura exageración de los profesores. ¿Qué tal si se le ocurriera decirme que no me preocupe más de lavar el auto los domingos y que la basura la va a sacar él?

A mi mamá la liberaría de todo. No podría hacerla sufrir de más, pero igual, si en algún momento de máxima desesperación, cuando yo ya esté en las últimas, se le ocurriera aceptar que tenemos dos formas distintas de ordenar mi pieza, podría cerrar mis ojos en paz.

Siguiendo con la misma película, deberían ir llegando a la casa del desahuciado otros parientes como abuelos, tíos, tías, algunos primos y por supuesto los amigos más íntimos. Lo típico es que se sienten en el living o “salón” y tomando un té para calmar los nervios, empiecen a hablar de todas las cosas buenas que vivieron con el enfermo terminal. O sea mis abuelos llorarían acordándose cuando empecé a caminar en la casa del campo, o cuando me subí por primera vez a un caballo y dije: “arre”. Los tíos y primos, de las navidades y las fiestas familiares en que cantábamos y hacíamos show. Mis mejores amigos como el Quique, el Pelao y el Guatón, estoy seguro que no hablarían de pura pena. En una de esas, me imaginé, podrían llegar también los modelitos de padrinos que me tocaron. En estos catorce años, han venido como tres veces: una cuando nací, de la que no me acuerdo; la otra para mi Primera Comunión, que me trajeron un angelito de yeso horrible que, menos mal, se cayó con el terremoto. De la tercera mejor ni me voy a acordar, porque me subiría más la fiebre.

Bueno, con todos estos pensamientos maravillosos de mi posible futuro post casi mortem, además de la fiebre, me quedé profundamente dormido. No sé cuánto rato pasó, pero al abrir los ojos, muy de a poco eso sí, porque cuando uno está a punto de pasar al patio de los callados, o sea a punto de morir, los movimientos son lentos, vi a mi santa y sufriente madre sentada en mi cama.

Otro beso, primero en la frente y después uno en cada cachete. ¡Todo mal!, debo estar muriéndome de verdad, pensé, porque las cortinas estaban cerradas y la casa en absoluto silencio. Sí, estaba claro y como nos dice el profesor Sanhueza, cuando se nos termina el tiempo y tenemos que entregar las pruebas: “¡Esto se acaba señores!” O sea mi vida llegaba a su fin y tenía que estar preparado. Pensando en esto y también en algunos detalles que me gustarían

para mi funeral, sentí la voz de mi mamá, pero la oía lejos, muy lejos, como si ya estuviera en camino al otro lado.

–¿Ya despertó? –beso–. ¿Cómo se siente? ¿Quiere tomar una sopita, comer tallarines, jalea o un poco de helado?

¡Qué fortaleza tiene esta mujer!, pensé.

Estaba seguro que sería mi último deseo, antes de irme para siempre. Pero, ¿qué elegía? Las alternativas eran bien fomes. Yo, me habría comido un bistec a lo pobre con hartas papas fritas, pero me tenía que controlar. Esa no era comida para alguien que está a punto de morir.

Contesté como pude.

–No mamá, no tengo hambre.

–¡No importa, mi amor! Ya te bajó un poco la fiebre, así que en un rato más te podrás comer un yogurt. El papá viene en camino con el antibiótico y en dos días estarás como tuna.

Qué típico de mi mamá, siempre positiva.

–Mamá –le dije con un hilo de voz–, ¿están los abuelos abajo?

–¿Los abuelos?, no mi amor, ¿por qué?

–Pero mis padrinos, el Quique, el Guatón y el Pelao, sí, ¿verdad?

–A ver Federico, vamos de a poco. ¿Por qué te acordaste de tus padrinos hoy? No los vemos hace mucho tiempo y no creo que sea el día para invitarlos. Y tus amigos deben estar todavía en entrenamiento, como todos los jueves.

Frente a esas respuestas había dos posibilidades. La primera, ella estaba ocultándome la verdad para evitar que sufriera, o segundo, simplemente no era mi hora. Es decir, no me moría. Para saber cuál de las dos alternativas era la correcta, seguí con mis preguntas.

–Mamá, ¿cómo voy a saber cuando esté muerto?

–¡Ay, Fede! No tengo ni la menor idea. ¿Cómo voy a saber, si nunca me he muerto?, pero me imagino que cuando sea el momento uno sabrá altiro.

Me contestó como si nada. Además ya estaba mucho más relajada y la cara de preocupación se le había ido.

Estaba clarísimo, la segunda era la respuesta ganadora. Adiós a los perdones, juramentos, llantos y anécdotas.

En resumen: algún día, quizás, escribiría una oda en recuerdo de este episodio dramático de mi vida, porque por ahora, si quería ser poeta, tendría que seguir buscando una musa que inspirara mis versos.

9 *Convalecencia*

Efectivamente la amigdalitis que tuve no fue fatal, pero igual más fuerte que las típicas y quedé bien débil. El antibiótico me hizo pebre la guata, es decir, comprobé eso que dicen que a veces el remedio es peor que la enfermedad. No paré de ir al baño. Tuve que tomar mucha agua, por poco también la de los floreros para no deshidratarme, pero lejos lo peor fueron los cinco días de régimen "liviano", como le dice mi mamá. Es chata esa cuestión. No puedes comer casi nada y lo que sí puedes, es asqueroso, entonces obvio, adelgacé. A mí me da lo mismo, pero para ella lo peor es verme flaco. Dice que a esta edad el cuerpo está en pleno crecimiento y desarrollo, o sea que no se debe perder ni un solo gramo.

También, y como era de esperar, después del régimen liviano pasamos a uno de sobrealimentación. No sé cuál de los dos es peor, porque con este, a los pocos días, la comida te sale por las orejas y terminas odiando las lentejas, los tallarines y la carne con arroz.

Bueno, en resumen, la convalecencia también fue más larga de lo normal. Al principio, estaba lateado y mal genio, pero después decidí que era preferible pensar en lo que siempre nos dice la Hortensia: "acuérdense niños, que las cosas pasan por algo y, aunque no lo crean, siempre son para mejor".

Como ver tanta televisión y jugar en el computador me aburre un poco, aproveché de leer *Romeo y Julieta* porque Jiménez, el profesor de lenguaje, nos iba hacer la prueba en una semana más. Al principio lo encontré bien mamón, pero después me fue gustando más, tanto que cuando lo terminé, le escribí algunos versos a esos pobres enamorados:

Morir por amor
fue su destino,
pero estar separados,
los mató de dolor.

También me entretuve mirando por la ventana. Desde mi pieza se ve perfectamente la cordillera y algunos jardines del condominio. Además, como estamos en otoño, los colores de los árboles se ponen más bonitos, sobre todo cuando les llega la luz de la tarde. Ahí me ponía a pensar en mi futuro de poeta, en cómo sería mi musa y dónde y cuándo la iba a encontrar.

Tenía que estar enfermo –o como ahora, convaleciente–, para mirar concentrado estas cosas. Mis papás siempre nos repiten lo mismo cuando vamos al campo, o aquí en Santiago: "niños, por favor miren qué lindos están esos cerros. No se pierdan las alamedas y la maravilla de esos potreros sembrados". Nosotros nunca los pescamos porque estamos peleando o mirando para cualquier lado.

Con esto de haberme fijado en la naturaleza, me inspiré y escribí algunos versos a la cordillera, la nieve, las hojas y hasta al único banco que hay en la plaza. Por lo demás, yo sé que los poetas famosos también han escrito poesías a otras cosas aparte de sus musas. Entonces yo, no iba a ser menos y le dediqué unos versos al pasto seco de la vecina.

Ya amarillo estoy
¿es el otoño culpable?
Verde en lo profundo soy,

pero es inevitable;
el viento, la lluvia
y el esquivo sol
me confunden.
No sé quién soy.

A las hojas les hice una oda. El profe dijo que eran alabanzas y que no importaba si riman o no, lo importante es que suenen bien. En clases leímos algunas que escribió Pablo Neruda a las cosas más raras, como a la alcachofa, a la tormenta, el caldillo de congrio y hasta la cebolla.

El viento irrumpe
y las toma.
Caen una a una,
desnudando las ramas.
Partirán de tu mano
a decorar otras
madrugadas.
¡Oh! Bellezas de entrañas doradas,
al otoño hacen parir
oro, bronce y plata.
Regalen brillo a esas
miradas opacas,
iluminen las almas apagadas.

Una vez más, y por culpa de Pascual, el perro catete y neurótico de la señora Matilde, hasta ahí no más llegaron las alabanzas. Se puso a ladrar con todo al gato de la casa del lado. Igual quedé feliz con las poesías y la oda que había escrito, así que pensé llevárselas a Jiménez cuando vaya al colegio. En una de esas, las encuentra buenas y me sube algunas décimas en lenguaje.

10 *Fuera frenillos y moño*

El domingo fue el cumpleaños de mi papá y para variar, no supe cuántos cumplía. Jamás lo dice y menos mi mamá. La "chiva" que meten los dos, es que no se acuerdan, o de qué sirve saber, si igual se van poniendo más viejos. En cambio a nosotros nos llevan la cuenta con los dedos. No se saltan ni una sola vela en la torta y, además, cuando éramos más chicos, nos compraban de esos globos que tienen números y los dejaban puestos por la casa, algunos días después de la celebración.

En mi familia tenemos varias tradiciones para los que están de cumpleaños. La que más me gusta es elegir lo que uno quiere comer ese día. Otra, es no hacer la cama, poder usar el computador y ver toda la televisión que uno quiera. Algunas veces también, cuando mi mamá anda de buena, nos deja sin ir al colegio, siempre que no tengamos prueba o entrega de trabajos.

Bueno, mi papá eligió comer lo de siempre, un asado, y convidar a los mismos que vienen todos los años: mis abuelos (los cuatro), los hermanos de mi papá, que son tres, con mis tías, las dos hermanas de mi mamá con sus maridos y, obvio, todos los primos. La lata es que los hombres son más chicos que yo y las de mi edad son mujeres. Y por último a los que nunca fallan: el tío Ricardo y el tío Alfonso con sus señoras. Como se casaron más viejos, tienen puros cabros chicos que hay que ayudar a cuidar.

¡Ah! Me faltaron los vecinos, es decir, invitó a los papás de la Anita y de Cristián, que aunque no son familia, ni compañeros de colegio, se han hecho muy amigos. Van al cine, al teatro, salen a comer y también se han ido por un fin de semana fuera de Santiago.

Partimos temprano, haciendo un montón de cosas. Las compras las había hecho mi mamá el sábado, pero para variar mi papá encontró que era poco y entonces se repitió exactamente la misma discusión de todos los años.

–Yo creo que compraste poco, Mónica –dijo mi papá, mirando el refrigerador.

–¿Poco? ¡Eres un exagerado, Eduardo! ¿Para qué más? –le contestó sorprendida mi mamá– tenemos salchichas, longanizas, alitas de pollo, empanadas y no sé cuántos kilos de carne, más un montón de ensaladas y arroz.

–No me gusta que falte y que la gente se quede con hambre.

–¿Con hambre? Si con todo la que hay, no van a querer comer en más de un mes, por lo menos –le contestó ella un poco enojada.

–No me importa. Voy a ir al supermercado igual –tomó las llaves y partió no más.

–Fede –empezó con los mandados mi mamá, –pon los vasos ahí, lleva el carbón a la parrilla, corre esta mesa y saca las sillas azules.

También la Cata y la Paula recibieron instrucciones y así los tres tuvimos que hacer todo sin alegar nada.

Los invitados llegaron puntuales a las dos y altiro partimos ofreciéndoles vino y bebidas. Después ayudé a mi papá en la parrilla, y mis hermanas a mi mamá a servir las demás cosas. En resumen, la idea era que todos estuvieran contentos y bien atendidos, como le gusta al festejado. Cuando la gente estaba feliz comiendo y yo más tranquilo, me preparé un plato con todo lo que había, porque estaba muerto de hambre y me senté en el pasto. Justo cuando

empezaba a cortar la carne, la Anita se sentó a almorzar al lado mío.

–¡Se pasaron, Fede, les quedó exquisito el asado!

–No sé, yo todavía no lo pruebo –pero no alcancé a echarme ni un poco de carne a la boca, cuando me siguió hablando.

–¡Es tan amoroso tu papá! Imagínate, invitarnos también a nosotros a su cumpleaños.

–Es lógico –le contesté, sin mirarla y con los ojos puestos en el plato–. Tus papás son muy amigos de los míos y eso es ser como de la familia.

–No te he visto mucho, ¿qué has estado haciendo? –me preguntó.

–Lo de siempre –le contesté apurado, porque lo único que quería era comerme por fin un pedazo de carne.

Mientras por fin mascaba feliz, le pegué una mirada rápida a la Anita. Tenía algo raro. No sé si estaba con alergia o qué, pero pestañeaba mucho y además se reía todo el rato.

No le di mucha importancia y cuando estaba a punto de comerme el segundo pedazo, me volvió a preguntar.



–¿Has ido a muchas fiestas?

¡Qué rara la pregunta!, pensé. Menos mal que no me atoré, cuando la oí. Nunca se me había pasado por la cabeza que a la Anita le interesaran esas cosas. Hice como que contaba y le contesté.

–No sé muy bien, pero yo creo que a unas diez o doce más o menos. Le dije cualquier número no más, porque los hombres no andamos contando esas cosas.

–¡Ah! ¡Qué hartas! Yo con la de ayer llevo ocho.

Ahora, aparte de pestañear y de tener siempre la cara de risa, empezó a mover el pelo. Que se lo tomaba, que se lo soltaba, que si detrás de la oreja, que si adelante. Con tanto movimiento me desconcentré totalmente del plato y no pude pinchar otro pedazo de carne. ¡Menos mal!, porque con el comentario que hizo, me habría ahogado de todas maneras.

–Estoy pensando hacer una fiesta para mi cumpleaños –lo dijo así, como si nada–. Mis papás ya me dieron permiso.

–¿Una fiesta? ¿Tú? ¡Imposible, no puede ser!

–¿Por qué no? voy a cumplir catorce el próximo mes –me contestó bien parada y segura.

Siguió con los pestañeos, el pelo y la risa, pero ahora, también le había cambiado la voz. Se puso a hablar más despacio, tanto que para poder entenderle me tuve que acercar más y justo ahí me di cuenta que ya no tenía frenillos.

–Además, Fede –siguió–, pensé que en una de esas podríamos hacerla juntos. Tú traes a los hombres y yo invito a las mujeres.

No supe qué contestar. Atiné por lo menos a soltar el tenedor, porque si no me lo habría enterrado en el ojo.

–Ya... Podría ser, de ahí veo... –le dije, por contestarle algo, porque en verdad no sabía qué decirle.

–Oye, Fede, ¿te acuerdas de la Vero, mi amiga?

–¡Ah, sí! Algo. –En verdad no tenía ni la menor idea de qué amiga me hablaba.

–Ella me contó que hace tiempo te vio en el mall, y que primero estabas solo y que después te vio comiendo helado con la Isabel Urrutia, una compañera de nosotras. ¿Es amiga tuya?

–¿Quién? –le contesté, haciéndome el leso.

–La Isa Urrutia. Una bonita y medio rubia.

–No, no, no sé, no me acuerdo quién puede ser –dije, pero obvio que me acordaba, ¿cómo olvidar a mi primera casi musa?

–Es que yo pensé –bajó la cara y me habló más despacio todavía –que era tu polola.

–¿Mi polola? No, ¿de dónde?

–Ah, entonces, ¿no te gusta? –ahora levantó la cabeza y se puso todo el pelo para un lado, y por fin le pude ver mejor la cara. No sé, pero la encontré bien bonita.

Justo cuando me iba a decir otra cosa, mi mamá llegó con la torta. ¡Menos mal!, pensé, porque quizás con qué iba a salir ahora.

Después de cantar, vinieron los típicos discursos con llantos de mis abuelas, de mi mamá y hasta a mi papá se le cayeron algunas lágrimas. Cuando se fueron todos, nos quedamos ordenando las cosas y conversando de cómo lo

había pasado el cumpleañero.

–Fue uno de mis mejores cumpleaños –dijo mi papá igual que todos los años, cuando termina el asado.

Mi mamá lo abrazó y le dio un tremendo beso.

11 *De la noche a la mañana*

Han pasado dos semanas desde el cumpleaños de mi papá y no he visto que se haya puesto más sabio, como dicen, porque sigue siendo igual de exigente y trabajólico. Yo creo que aunque llegue a los cien años, va a seguir siendo igual.

En cambio, ese domingo marcó un antes y un después en mi carrera de poeta. ¿Cómo me iba a imaginar yo, que la vecina, quien siempre había sido una niña chica para mí, me iba hablar de fiestas sin parar de pestañear y además, sería bonita, simpática y buena onda?

En verdad, no entendía nada. Estaba más confundido que pulga en perro de peluche.

Nadie más pavo que yo. Si hace nada la vi en el condominio comiendo pan con la Horte y ni me fijé que le habían sacado los frenillos y menos que ya no usaba moño. Para mí, ese día fue la misma de siempre, pero resulta que ahora le interesó saber a cuántas fiestas había ido, con quién, si me gustaba alguien y, lo más increíble, si pololeaba. Además, se alegró al saber que yo no estaba ni ahí con su famosa amiga.

Yo sabía, porque en el colegio y en todas partes lo dicen, que las mujeres crecen antes que los hombres, pero nadie me dijo que era tan rápido. La mayoría de mis compañeras ya se ven mayores que nosotros, pero en ellas el desarrollo ha ido de a poco, no como la Anita, que se hizo grande de la noche a la mañana.

La cosa es que o me ubicaba luego o perdía como en la guerra. Mi vecina ya no era una niña chica y así como estaba ahora, podría ser perfectamente la musa que estaba buscando. Al menos era lejos la mejor opción hasta ahora. Tenía que despabilarme y empezar altiro. El riesgo al que me enfrentaba, sería el mismo que corren los atletas en las competencias. Dejan todo en la cancha para ganar, pero lamentablemente el resultado final no lo conoce nadie.

A pesar mío, decidí usar el computador no más, porque si esperaba aprender la famosa letra acostada, la Anita terminaría casada, con hijos, y yo, viejo y fracasado, sin musa y siendo ingeniero. Por último, no era tan malo hacerlo más moderno, porque igual podría elegir una letra entre millones que tienen los programas.

Le pedí el notebook a la Cata, que por milagro me lo prestó sin preguntarme nada. Me encerré en la pieza y dejé que las palabras vinieran solas. Lo único que hice fue concentrarme en la nueva Anita. No alcancé a esperar mucho, porque a los cinco minutos ya estaba escribiendo.

Tanto tiempo te busqué;
en verdes prados,
noches oscuras y
claras madrugadas.
Entre las calles
y su gente,
entre parques y plazas.
La desesperanza
fue mi compañera
en largas jornadas.

Hasta que sin soñarlo siquiera,
ahí estabas.
A un paso de mis ojos
y a un tris de mi ventana.
¿Serás tú la fuerza que
este débil corazón,
tanto añoraba?

Terminé justo cuando me llamaron a comer.

–¡Por Dios que te pusiste estudioso hoy, Fede! ¿Tienes prueba mañana? –me preguntó sorprendida mi mamá.

–No, estaba adelantando algunas cosas.

Aunque no fueran precisamente para el colegio, igual escribir poesías a mi musa era avanzar en mi proyecto de vida. Pero no quise aclarar nada.

–Estoy impresionado y orgulloso de ti, hijo –comentó también mi papá– parece que al fin decidiste pensar en tu futuro y dejar de estar en la luna.

–Papá, en lo del futuro tienes razón, porque ya le vi la cara y empecé mi camino para conquistarlo –le contesté bien serio y seguro.

–Así me gusta, Federico –me dijo– tener claro para dónde va uno y poner todo el empeño en lograrlo es una obligación.

Yo no sabía para dónde mirar, porque si en verdad mi papá supiera cuáles eran mis planes, de seguro me mandaba de interno a un reformatorio.

–¿Qué están hablando? No entiendo nada. ¿La cara de quién viste? –preguntó la Cata, totalmente perdida.

–Cata, le dije, nosotros estamos hablando entre personas maduras, por eso no entiendes nada.

–¡Ay! Cállate, cabro ridículo. ¿A quién le has ganado? Además tu ni siquiera sab…

–¡Ya! Es suficiente. Por favor, no peleen por tonteras y terminemos de comer en paz.

Ayudé a recoger los platos, vi un poco de tele y me fui a acostar muy tranquilo. Había zafado perfecto.

12 *Vegetal-Ariano*

–Aló! ¿Martínez?

–¡Hola Pelao! ¿Cómo estás?

No me contestó.

–Fede –me dijo, bien golpeado–, te llamo para que después no salgas con la chiva de que no te avisamos.

–Pero, Pelao. ¡Tranquilo! ¿Qué te pasa?

–Nada, es que vamos a ir al cine en la tarde. ¿Quieres ir o no?

–Sí, bacán. ¿A qué hora?

–Nos quedamos de juntar a las cuatro donde venden las entradas. Si no estás a esa hora, no te pensamos esperar. Nos tiene chato que se te olvide o que nos digas la típica chiva que ibas saliendo y justo pasó algo o cuestiones así –me las cantó de una.

–Es que, Pelao, en verdad casi siempre me ha pasado algo.

–¡Ah no! ¡Si no nos habíamos dado cuenta! –me contestó con el típico tono cuando quiere hacerse el gracioso-pesado.

–Te juro que ahora voy, sí o sí. ¿Quién más va, compadre?

–El Quique, Matías, tú, el Guatón con una prima y algunas amigas de ella, y yo.

–¿Y de dónde sacó una prima el Guatón? Nunca nos ha dicho que tiene primos ni menos primas. Siempre se anda quejando que su familia es tan chica y que eso es una lata.

–¡Ah no sé!, pero lo único que se me ocurre es que si dice que es prima, tendrá que haber salido de la guata de alguna tía. Si no, entonces, debe ser una alienígena.

–Ah, Fede, lleva un poco más de plata, porque después vamos a ir al McDonalds.

–¡Ya! De ahí somos...

Ni se despidió, llegó y cortó no más.

Después de almuerzo, le avisé a mi mamá y partí al mall con harto tiempo, para estar seguro de llegar a la hora. No los dejaría plantados otra vez, “los amigos son la sal de la vida”, dice un tío abuelo solterón que tiene mi papá. Además hay que marcar territorio, como los perros, si no pierdes como en la guerra y te vas quedando solo. Por mucho que estuviera casi todo el día ocupado con lo de mi musa, no podía pasármela escribiendo. La inspiración también se puede agotar. Así es que al cine los boletos.

Por suerte tenía ahorrado algo de la última mesada, porque de un tiempo a esta parte, por culpa de las amonestaciones que me han puesto en inglés y matemática, estaba para variar, recibiendo la mitad no más.

Llegué puntual. Ahí estaban todos, incluida la famosa prima. No era para nada de mi gusto, tampoco las amigas. Por lo demás, me importó bien poco, porque mi corazón ya estaba ocupado.

Compramos las entradas, unas pocas cabritas y directo a la sala tres. Cuando estábamos instalándonos en las butacas, una de las niñas le dijo al Pelao que le guardaran dos asientos, porque faltaba que llegara otra amiga y que saldría a esperarla. Típico de las mujeres, tienen que andar esperándose o yendo para todas partes juntas. No puedo entender esa manía de chicle pegoteado que

tienen. Estoy seguro que en el fondo no es lealtad, sino tontera no más.

Nunca supe si la famosa amiga de la amiga llegó o no, porque me metí en la película y no miré para ninguna parte. Apenas respiré entre tantas balas y persecuciones de autos. No sé en qué estarían pensando este par de giles, cuando se les ocurrió traer a las mujeres a ver esta cantidad de sangre. Las pobres se deben haber aburrido demasiado.

Cuando terminó la película, el Guatón, que era como el jefe del grupo, nos dio nuevas instrucciones.

–Ahora al Mc Donalds –dijo con voz de mando.

Y ahí partimos todos detrás de él.

Cuando llegamos, también él se encargó de hacer el pedido y fue anotando lo que cada uno quería. Yo seguía metido en la película y además con tanto ruido de voces no se entendía nada, hasta que oí al Guatón hablando con alguien y ese alguien tenía la misma voz de la persona que desde el domingo no me había podido sacar de la cabeza.



–¿Cómo te llamas? –le preguntó el Guatón –no te había visto...

–Sí, es que llegué tarde. Me llamo Anita Prado y soy amiga de la Francisca.

–Hola, yo me llamo Rodrigo, pero me dicen Guatón. ¿Qué hamburguesa te pido?

–Una McNífica, porfa.

¡No puede ser! Era ella, la propia. Estaba ahí, y yo, el rey de los marcianos, no me había dado cuenta.

–Y tú, Fede, ¿cuál quieres? –me preguntó el Guatón. Se notaba que estaba más que lateado de ser secretario y quería terminar luego, entonces como no le contesté altiro, me mandó un solo grito.

–¡Despierta gil! Eres el último y si no me contestas ahora no te pienso poner en el pedido.

–Ya, sí, perdón. Quiero lo mismo.

–Lo mismo, ¿qué? –me preguntó con cara de gorila.

–Una de esas –y le mostré la primera foto que vi arriba de las cajas.

Me daba lo mismo con qué fuera la hamburguesa, total, la comida ya no me pasaba por la garganta desde el inolvidable domingo pasado.

Después de un rato, me vi sentado en una mesa y con una bandeja llena de cosas. Hasta hoy, no tengo idea cómo llegué a sentarme ahí, pero la cuestión es que ella se sentó justo al frente mío.

–Fede –me dijo la Anita, con esa sonrisa sin frenillos que ya me gustaba –no sabía que eras amigo del primo de la Fran. ¿Está en tu curso?... ¡Oye, Fede! ¿Está en tu curso?

Sentí que me movía el brazo, entonces me di cuenta que algo estaba hablando.

–¿Qué me preguntaste? –dije bien perdido.

–¿El Guatón es compañero tuyo? –me repitió.

–Sí, desde que éramos chicos. Y tú, ¿de dónde eres amiga de su prima?

–Desde este año no más. Lo que pasa es que ella vivía en Concepción, pero después del terremoto se vinieron a vivir a Santiago, porque se les cayó la casa.

–Yo no tenía idea que el Guatón tuviera primas –le comenté, por decir algo.

–¿No vas a comer? –me digo mirando mi bandeja y con su hamburguesa en la mano.

–No, no, después.

–Pero Fede, no entiendo, el otro día en el asado de tu papá casi no probaste la carne y ahora tampoco la hamburguesa. ¿Te hiciste vegetariano? –me preguntó juntando las cejas.

¿Vegetal-ariano? Nunca había oído esa palabra, pero pensé que quizás era justo lo que me estaba pasando, o sea cuando a uno se le queda toda la comida atragantada de pura revoltura de pensamientos que se tiene en la cabeza, entonces era eso y le dije que sí.

–Sí, soy un poco vegetal-ariano cuando se me van los pavos siguiendo las moscas. Esas veces, se me olvida hasta comer –no le dije lo de la revoltura de pensamientos, porque estaba seguro que no me lo iba a entender.

–Ah, entonces, ¿te hiciste vegetariano por el déficit atencional?

–No sé, no me acuerdo. Yo creo que me llegó solo no más.

Parece que no le interesó mucho lo que le contesté, porque siguió comiendo

y hablando con las amigas. Y yo me quedé ahí mirándola sin saber qué hacer. Se me ocurrió tomar un trago de bebida, a ver si despabilaba, pero de puro tupido se me dio vuelta entera arriba de la bandeja. Traté de limpiar con las servilletas, pedí perdón, y sin decir nada más me paré y me fui con bandeja y todo.

Cuando caminaba de vuelta a la casa, pensé que esto de ser poeta y andar todo el día inspirado había cambiado mi vida. Si antes era distraído y un poco desordenado, ahora las cosas se iban a poner cada vez peor. Además, tenía que acostúmbrame a vivir así, lleno de sobresaltos. Pensé también en los grandes poetas y sus musas. ¿Qué habían hecho ellos cuando ya las habían encontrado? Ese paso no lo tenía muy claro y debía resolverlo lo antes posible.

13 *El soldado desconocido*

Abrí la puerta y vi que mi mamá estaba hablando por teléfono.

–¡Gracias, se pasó, don Julio!, no sabe cómo se lo agradezco. Sí, lógico, vamos a tratar de irnos lo más temprano posible. Como los niños y Eduardo llegan más temprano los viernes, pienso que estaremos allá a más tardar a las siete o siete y media.

–Adiós y, una vez más, muchas gracias, ¡ah! y mándele un beso a la señora Olga de mi parte.

–Mamá, ¿era el tata? ¿vamos a ir al campo?

–¡Sí, Fede, mira qué rico! Como el fin de semana es largo, tus abuelos nos invitaron. Además, me dijo que le gustaría que lo ayudaras a marcar algunos animales que compró.

–¡Bieeeen! Es lo que más me gusta hacer allá.

Con esta noticia se me arregló el día, qué digo, ¡la semana...!

Otra vez las cosas se habían puesto difíciles en el colegio. Los profesores no me quitaban los ojos de encima, aparte de anotarme no sé cuántas veces, en varias clases me echaron de la sala. Es que, como nunca, estuve con la cabeza en otra. Me la pasé inventando versos y pensando en la Anita.

–Martínez –me dijo el miércoles el profesor Jiménez–, ¿dónde está su ensayo sobre las costumbres del hombre moderno? Hace tres días que debería haberlo entregado –me preguntó, parado al lado del banco y sobándose las manos.

–Es que profe, no encontré ninguna información –le contesté mirando para abajo y bien despacio.

–¿Que no encontró información, me dice? –ahora sí que se puso rojo y empezó a retarme con todo–. ¡Qué curioso! Cuando en internet o en la biblioteca hay una cantidad infinita de artículos, estudios y publicaciones sobre el tema. ¿Usted cree, Federico, que a mí me puede engañar tan fácil?

–No, no, no, señor, yo sé que usted es el más difícil de todos –le contesté.

¡Nadie puede ser más aturdido, gil y perno que yo! ¿Cómo se me fue a ocurrir contestarle semejante tontera? Dejé la pelota rebotando en el área justo para meter el gol, como dicen los futbolistas, porque con mi brillante respuesta, solo me quedaba por oír en qué puerta del infierno me estaban esperando.

–¡Ya me hartó, Federico! Su irresponsabilidad no tiene nombre –me dijo más que indignado el profesor Jiménez.

Supiera lo equivocado que estaba, pensé, porque mi distracción sí tenía nombre y apellido. Una cara bonita, ojos que pestañeaban y una sonrisa...

–¡Es que, profesor! –traté de buscar alguna chiva más, pero no hubo caso.

–¡Nada de "es ques"! ¡Salga ahora mismo de la sala! Y vaya inmediatamente a la oficina del rector. A usted, el inspector ya le quedó chico.

–Profe, disculpe, pero no puedo ir a la rectoría.

–¿Cómo dice? –Ahora, a parte de gritarme, se le salieron con todo las venas y estaba rojo de pura rabia, pero igual tuve que decirle la verdad no más.

–Lo que pasa es que ayer y antes de ayer tuve que ir a su oficina. El lunes me mandó la miss Patricia de inglés y el martes el profesor Fernando de música.

–Pero, ¿qué tiene que ver eso ahora?

–Bueno, porque la última vez me repitió como diez veces que no quería volver a verme nunca más ahí, entonces, profe, no puedo ir para allá, ¿me entiende?

–Mire, Martínez, a mí no me interesa entenderlo, ni hoy ni nunca. Por eso, le digo lo mismo que oyó del señor rector... ¡por hoy, no quiero verlo más en mi clase! ¡FUERA!

Me sentí igual de recha que esos compadres desafinados que van a los programas de busca talentos en la tele, y que después de cantar el jurado los manda a la casa hechos pebre.

Me paré, caminé a la puerta y justo antes de abrirla, el profesor Jiménez me dijo:

–Como ya sé que no podemos incomodar al rector con su presencia, vaya a la biblioteca y entiérrese en los libros, hasta encontrar toda la información que pueda sobre... sobre, eh, eh... –se notaba que de pura rabia se le habían borrado las palabras, hasta que por fin me dijo–: sobre, sobre...el soldado desconocido. Con ese material, me escribe un ensayo de al menos seis hojas tamaño oficio. ¿Le queda más o menos claro, señor Martínez?

–Sí, sí, profesor. No se preocupe, lo tengo todo más que claro.

En verdad no era así, pero me quedé callado. Podía entender que me echara de la sala y me mandara a la biblioteca, porque no podía ir a la rectoría, pero eso de investigar sobre un compadre que nadie conocía, no. ¿Cómo se le había ocurrido a Jiménez, mandarme a investigar a un fantasma?

Cuando llegué a la biblioteca, hablé con la señora Ximena, la encargada que siempre ha sido súper simpática conmigo, y como ya le he mostrado algunas de mis poesías, sabe dónde tengo la cabeza. No me reta cuando me atraso con un libro, tampoco me cobra multa y siempre me aconseja qué leer. Me explicó con detalles quién era el soldado desconocido. Resulta que al final no es una persona como yo creía, sino una forma de nombrar a todos los jóvenes valientes que mueren en combate durante las guerras y que nadie identifica. Entonces, pasan a ser héroes, les hacen monumento, ceremonias y todo. Igual seguí pensando que era bien raro el tema, pero ella me entregó algunas cosas para que leyera y me aconsejó que, aparte de escribir un ensayo de lo que había entendido, creara también un poema y así Jiménez podría perdonarme un poco.

El miércoles, después de haber pasado no sé cuántas horas en la biblioteca por culpa del castigo, prometí que iba hacer un esfuerzo por no distraerme tanto. Por eso, cuando sonó el timbre para el recreo, fui el primero en salir, para alcanzar a entrar en la pichanga del patio. Desde esa vez que jugué en kínder, nunca más he clasificado para jugar, pero ese día le pregunté bien arrastrado a Joaquín Díaz, que siempre hace de capitán, que por favor me dejara jugar. Primero puso cara de sorpresa total, después se rascó la cabeza y por último, no muy convencido, dijo que sí. Al principio, obvio, nadie me pasaba la pelota, hasta que pude quitársela a uno del otro equipo. Corrí, corrí y corrí con todo. No dejé pasar a nadie, ni tampoco le hice caso a mis compañeros cuando se pusieron a gritar, porque siempre es así en los partidos. Todos quieren que se les pase la pelota, pero yo seguí no más hasta que llegué al área y de una sola patada le di seco al arco y metí un TREMENDO GOL. Aunque sabía que era la típica suerte de los principiantes, estaba demasiado feliz. Me

fui altiro al medio del patio a esperar los abrazos de mis compañeros, pero nadie llegó. El único fue Díaz, que venía pálido y con la cara chueca, como cuando uno quiere vomitar. Debe ser la impresión, pensé, lógico, nunca se imaginó que yo pudiera ser tan seco.

–¡Golazo! ¿Viste el medio gol que metí?

–¡Ándate ahora! ¡Sal del partido, Martínez! –me gritó sin parar de mover el brazo.

–Pero Juaco, si fue un golazo, además no me costó nada pasarlos a todos, así es que puedo meter otro, te lo juro.

–¡Noooooo! No necesitamos más ¡AUTOGOOOLEEES!

¿Autogol? ¿Pero cómo iba a saber yo que ese no era el arco, si estaba Fernández del otro curso de arquero?

Salí sin alegar, para que además no me fueran a dar tarjeta roja. Mientras caminaba, todos me pegaron en la cabeza mandándole saludos a mi mamá y a mi abuela.

Para cerrar el día, y la gota que rebalsó el vaso, fue la pelea con el Quique. Se picó con todo, porque no quise ir a verlo tocar batería. Se le ocurrió con otros compañeros hacer una banda y ensayan casi todas las tardes. Yo ya había ido seis veces y siempre es la misma lata: repiten y repiten mil veces.

Así, y después de que el jueves recibí un control de química con un tres, llegó el viernes. Como ya había dejado lista mis cosas en la noche, me tenía que preocupar solo de sacar la torta que estaba en el refrigerador y que siempre mis abuelos esperan que les llevemos de regalo. Yo no le encuentro nada especial, pero a la Pepa le fascina.

Cargamos el auto y recibimos las mismas instrucciones de todos los viajes.

–No voy a parar en ninguna parte –dijo el papá–, ya puse bencina y no pienso comprar nada.

Llegamos como a las siete y los abuelos estaban esperándonos con el pan recién salido del horno, queso de cabra, mermelada de damasco y más cosas ricas.

–¿Trajeron mi torta? –me preguntó altiro la Pepa.

–¡Por supuesto, señora Olga! –le contestó mi mamá. Se dio vuelta para pedirme que la bajara del auto–. Fede, saca la torta y llévala al comedor.

–Ya mamá, voy altiro. Partí corriendo, pero de repente paré en seco.

¿La torta?, ¿la torta? ¡¡¡ La tortaaaa!!!

14 *Deudas y pérdidas*

El jueves pasado se murió el papá de Sanhueza, nuestro profesor jefe y de matemática desde séptimo, así que el rector nos dio permiso a todo el curso para ir al funeral, siempre que fuéramos acompañados por algunas mamás. Nunca me había tocado asistir a una misa de este tipo. Hasta la fecha, nadie de mi familia cercana se ha muerto, gracias a Dios.

Cuando llegamos la iglesia estaba repleta. Todos vestidos de negro riguroso y varios con anteojos oscuros. Aunque no conocía al muerto, igual me dio mucha pena ver cómo la gente lloraba. El profe y su familia se sentaron en la primera fila para recibir a todas las personas que querían saludarlos, algunos con besos y cariño en el pelo. Los hombres abrazaban al profesor dándole unos tremendos palmetazos en la espalda. Eran tan fuertes que nosotros, desde el fondo de la iglesia, los oíamos y hasta nos dolían. Quizás, pensé, mientras más fuertes fueran los abrazos, más demostraban su cariño al profesor o a su papá, pero ¡pucha que lo querían!

Sobre el ataúd había un montón de flores y varias fotos. Tuve mucha curiosidad por ir a verlas, pero me arrepentí altiro cuando vi cómo todas las personas que se acercaban a mirar al muerto se apenaban aún más. Sabía que para mí era arriesgado, porque cada vez que veo películas de muertos se me caen algunas lágrimas, entonces era preferible evitar la vergüenza por si me pasaba lo mismo.

Durante toda la ceremonia oímos cómo la gente lloraba, se sonaba y tosía. También se abrazaban unos a otros por turnos y se decían cosas al oído.

En la mitad de la misa, varios se levantaron para hacer discursos. Una señora, por ejemplo, iba de lo más bien con sus palabras hasta que se largó a llorar con todo. Entonces vino otra, la tomó del brazo y se la llevó. A los demás que hablaron también se les cayeron algunas lágrimas, pero pudieron terminar. Dijeron puras cosas buenas del papá de Sanhueza: que siempre ayudaba a los pobres, que era alegre, un padre cariñoso y preocupado, que rezaba mucho y que nunca se quejó. Eso del quejido lo repitieron casi todos, pero como no dijeron nunca el nombre de la enfermedad que lo había matado, nosotros con el Quique pensamos que tenía que haber sido una muy dolorosa, porque insistieron en eso de que había sido valiente y aguantador. Lo mismo me decía la Hortensia cuando era chico, siempre que me caía o pegaba fuerte en alguna parte.

Después de que terminó la misa, nos juntamos en la puerta de la iglesia y vimos salir la procesión con el ataúd que llevaba el profesor Sanhueza con otros señores. Atrás venían las mujeres, acompañando a la mamá y a las hermanas. Afuera en la calle, los esperaba un auto negro grande y bien feo, que se llama carro mortuorio o carrosa, según me dijeron. Bien horrible el nombre en todo caso, pero igual con tantas flores que le pusieron adentro y encima, pasaba un poco más piola.

Pensamos que hasta ahí no más llegaría la cosa, al menos para nosotros, pero justo no, resultaba que todavía teníamos que saludar al profe.

–Es de buena crianza darle el pésame a los deudos –dijo la mamá de Gutiérrez.

–¿Los qué? –le pregunté–. ¿Cómo sabe, tía, a quién le deben plata los

Sanhueza?

–No es de plata la deuda, Federico, se dice así por la pérdida que tuvieron.

¡Ah! Pobre profe, era como mucha la mala suerte. Además de quedar huérfano y con tanta pena, se le había perdido una cosa que parecía importante. Qué injusta es la vida para algunas personas, pensé.

–Vayan acercándose de a uno –dijo otra mamá.

Como yo soy un mal criado, según la señora Matilde, una de mis vecinas en el condominio, estaba salvado y no tenía que saludar a nadie y menos acercarme a toda esa gente llorando, porque ahora era seguro que no aguantaba. Pero mi mamá me hizo ese típico gesto que usa cuando me quiere mandar, sin que nadie se dé cuenta. Levanta las cejas junto con los ojos y dice moviendo los labios: ¡Ya pues, anda ahora! No tuve más que obedecerle.

Partí mordiéndome los cachetes por dentro, para no llorar. Uno por uno, mis compañeros fueron dándole la mano al profe, pero sin decirle nada. Como yo fui el último de la fila, hice lo mismo, pero también le di un abrazo bien fuerte y golpeado en la espalda, igual como vi que lo hacían sus amigos, porque a pesar de que me reta harto en el colegio, igual es buena persona y sé que me quiere.

–¡Gracias, Federico! –me dijo bien despacio.

–¡Pucha, profe! No se olvide que su papá fue bien valiente y aguantó de lo más bien el dolor que se siente con la muerte. Porque todos dicen que es muy dolorosa, pero él no se quejó nunca. Además, agregué, de eso que se le perdió, no se preocupe mucho, porque las cosas materiales se pueden recuperar. Acuérdese que eso nos dice siempre usted en el colegio.

No alcancé a verle mucho la cara ni esperar que me contestara, porque mi mamá me pescó un brazo con todas sus fuerzas y me sacó de ahí.

Cuando llegamos a la casa, nos sentamos en la cocina a comer algo.

–Fede –me dijo–, quiero que sepas que te quiero mucho, que estoy muy orgullosa de ti y de tu gran corazón.

La miré y tenía los ojos brillantes. Me paré y le di un tremendo beso.

–Yo también te quiero mucho, mamá –le dije y la voz me salió con górgoros.

Subí a mi pieza, tomé un lápiz y comencé a escribir algunos versos. Esta vez no fueron para la Anita, sino para el profesor Sanhueza.

Tanto hemos llorado
por ti, amado padre.
Tu partida nos deja tristes,
y tu ausencia desamparo.
Fuiste generoso, valiente,
hombre bueno y honrado.
Buen esposo y padre,
un ejemplo por todos admirado.

15 *Confesiones inconfesables*

Una semana después del funeral, el profesor Sanhueza volvió al colegio. Se veía un poco distinto, pálido y con los hombros caídos, pero es tan responsable que aperró no más. Lo bueno es que como andaba un poco apagado, se le pasaron harto los pavos y no anotó a nadie. Tampoco fijó pruebas y menos trabajos o tareas. Pero lejos lo mejor fue que se le olvidaron sus famosas "preguntas sorpresa".

Con estos pocos días de relajo que nos dio el profe, pude darle con todo a mi vocación de poeta. Por ejemplo, en las tardes, me entretenía mirando por la ventana las cosas que pasaban en el condominio. Hasta las tres y media parecía desierto, pero de ahí en adelante iban llegando todos del colegio. Como a las cinco aparecía la Anita. Si venía sola, me miraba y se reía, pero todas las veces que llegó con la peste de Cristián, ni siquiera pudo levantar la cabeza. Igual no me importó mucho eso, porque ya con mirarla me bajaba la inspiración y le escribía.

Traté de que mis poesías fueran más largas y románticas, pero a veces no podía concentrarme mucho, porque como la Paula, mi hermana chica, es catete y metida, entraba a cada rato a buscar "algo" a la pieza. Le dije no sé cuántas veces que la cortara, porque ahí no había nada de ella, pero fue lo mismo que hablar con las paredes, hasta que un día me aburrí y cerré la puerta con llave. Fue peor. Trató de abrirla y se quedó con las ganas no más, pero como era de esperar, se puso a chillar.

–¡Mamá, Federico cerró la puerta con llave! –gritó la cabra chica.

–¡Cállate y ándate, metida! –le dije enojado.

–¿Qué parte de que a la mamá no le gusta que estemos encerrados se te olvidó? –siguió diciendo la pesadita.

–¿Qué te importa a ti, copuchenta? –le contesté con más rabia todavía.

–Abre o te acuso –y golpeaba más fuerte–. Tengo que sacar algo.

–Ya te dije como veinte veces que aquí no hay nada tuyo. Ándate o si no salgo y te pego –le advertí, pero chilló más fuerte, hasta que por supuesto apareció la mamá, indignada.

–¿Qué pasa aquí? –oí como le preguntó a la Paula.

–El Fede se encerró con llave, mamá.

–¡Federico, abre inmediatamente! Sabes que me cargan las puertas con llave.

Entonces tuve que abrir. Estaba chato y con ganas de matar a la enana insoportable, tanto que si no es por mi mamá que me paró en seco, le habría pegado.

–¡Ni se te ocurra ponerle una mano encima a tu hermana! ¿Me oíste? Eso es de cobardes y te lo he dicho miles de veces.

–Sí sé mamá, pero dile entonces que se vaya a jugar con sus barbies y no me moleste más.

–Ya no tengo barbies –dijo con la típica parada y tono de voz de las enanas que se quieren hacer las grandes–, ahora tengo diez años, por si se te olvidó con tantas poesías ñoñas que te ha dado por escribir.

Levanté la mano porque ahora sí que en verdad la iba a matar, fuera cobarde o no. Me daba lo mismo.

–¡Basta, Federico! –me volvió a retar mi mamá.

–¡Ella empezó! –le dije rojo de rabia–. Le ha dado por entrar a mi pieza cuando estoy ocupado estudiando, con la chiva de buscar “algo”. ¡Es una metida y además mentirosa!

–Tú eres el mentiroso. Nada que ver que estás estudiando –se defendió.

–Paula, ¿es verdad lo que dice tu hermano? –le preguntó la mamá juntando las cejas.

–Un poco –le contestó la muy cínica, con cara de víctima–, pero él también está mintiendo, mamá.

–A ver, primero, Paula ¿qué tanto tienes que buscar aquí?

–En verdad nada, pero vengo a ver si es cierto que está estudiando, pero nunca lo he visto con un libro ni un cuaderno en el escritorio. Lo único que tiene encima son unas hojas blancas en las que escribe poesías de amor y todas esas cosas, y por eso, mamá, tiene puros rojos y siempre está castigado.



–Y a ti ¿qué te importan mis notas y mis castigos, metida?

–¡Se acabó! –dijo mi mamá muy seria–. Cada uno se va a su pieza hasta que yo les dé permiso para salir. ¡Partieron!

Tenía tanta pero tanta rabia, que le pegué todos los puñetes que pude a los cojines que están arriba de la cama, si hasta me salieron algunas lágrimas.

Después de una hora, mi mamá entró y se sentó en la cama.

–¿Es verdad que estás escribiendo, Fede? –me preguntó tranquila y en buena onda–. ¿Son cuentos o poesías?

No tenía por qué avergonzarme. Ser poeta es un orgullo para mí. Por lo demás, no soy ningún narcotraficante ni asesino, así es que levanté la cabeza y le contesté de una no más.

–Poesías, mamá.

Después de oír mi respuesta vi que se le pusieron los ojos brillantes como cuando uno empieza a llorar. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué se había puesto así? Nunca pensé que ser poeta fuera tan grave o peligroso. Altiro se me vinieron a la cabeza, Becker, Huidobro y otros, y me pregunté si la reacción de sus mamás habría sido la misma.

Se secó un poco las lágrimas y siguió hablando.

–No sabes la emoción que me da oírte. Nunca les he contado que el papá también quiso ser poeta. De hecho, tengo un montón de poesías que me escribió cuando pololeábamos. ¡Son tan románticas! ¡Tan lindas! Me gusta volver a leerlas y recordar lo mismo que sentí la primera vez. Tenía mucho talento, siempre se lo dije, pero la presión de sus papás, los amigos y la seguridad económica para formar una familia, lo hicieron desistir y estudiar "una carrera normal", como le decía tu abuelo.

–¿Verdad, mamá? –estaba muy impresionado con lo que había oído–. ¡Qué increíble! Nunca me lo habría imaginado.

–Así es, para que veas cómo todos tenemos talentos escondidos –me contestó tomándome la mano.

–O sea tú eras su musa, ¿porque me imagino que en ti se inspiraba o no? –le pregunté.

–Bueno, claro, supongo que sí. Al menos eso era lo que me decía. Y tú, ¿en qué te inspiras, mi amor?, ¿tienes una musa o escribes sobre otros temas?

Silencio. Pensé un rato antes de contestarle, porque mal que mal, ella me había contado un tremendo secreto. Entonces, ¿cómo no iba a confesarle el mío? Antes, eso sí, le hice jurar que no se lo iba a contar a nadie, ni siquiera al papá.

Se puso muy seria y me lo prometió.

–Sí, me inspiro en una niña, aunque también he escrito algunas poesías a la naturaleza y otras cosas.

–¡Qué bien, Fede! –pero por mucho que fuera buena onda, era mujer y además mi mamá, entonces vino la pregunta obvia.

–¿Puedo saber quién es la afortunada?

–¡Eh, eh...! La, la, la... Anita, la de los Prado, la vecina –ya lo había dicho.– Al principio andaba medio perdido y no le achunté a ninguna, hasta que por fin, y sin siquiera imaginarme, la tenía al lado y en verdad, mamá, es lejos la mejor.

–¡Buena elección, mi amor! Es una niñita muy amorosa –me volvió a tomar la mano y me dijo:

–No dejes de escribir nunca, pero por favor, prométeme que vas a ser responsable durante todos los años que te queden en el colegio.

–Sí, mamá, te lo juro.

Nunca en mi vida había dado mi palabra de hombre, tan seguro y convencido.

Antes de quedarme dormido, entró mi mamá a la pieza. Venía con un libro en la mano, me lo pasó y dijo:

–Fede, toma, te traigo este regalo. Lo compré hace muchos años y lo he tenido siempre en mi velador. Son poesías escritas por varios autores y me gustaría que ahora fuera tuyo.

–Gracias, mamá.

–Ah, espero que en pocos años más seas tú el que me regale un libro, pero ese escrito solo por ti.

Me dio un beso y se fue.

16 La vida por la vía

Después de las tremendas confesiones que nos habíamos hecho con mi mamá el otro día, entendí por qué al papá se le perdían los ojos cuando escuchaba esas canciones cebollentas en la radio o se quedaba pegado mirando las puestas de sol en la playa. Todo me calzó perfecto. El que yo quisiera ser artista, estaba en mi sangre, entonces podía quedarme más tranquilo todavía. Además, y lo mejor, era que desde ahora, parte de la gerencia general de mi familia estaba conmigo y tenía el pase para ser poeta con todas las de la ley. Bueno, siempre y cuando terminara como sea cuarto medio porque había dado mi palabra.

Llegué al colegio con un peso menos encima, pero cuando entré a la sala me pareció raro no ver al Quique. Nunca falta, por eso pensé altiro que debería ser por algo muy grave. Esperé que sonara el timbre y salí corriendo a buscar a Matías, el hermano chico.

–Mati, ¿qué le pasó al Quique? ¿Por qué no vino?

–¡Ah! De puro alaraco no más. Ayer le dio con que le dolía la guata, pero como nadie lo pescó, en la noche se puso a gritar, así es que mis papás lo llevaron a la clínica.

–¿A la clínica? Pero, ¿qué tenía? –le pregunté urgido.

–¡Qué sé yo! Cuando el furgón me pasó a buscar en la mañana, mis papás todavía no habían llegado –me contestó rápido e indiferente– ya chao, me tengo que poner al arco –y partió corriendo.

Si estaba en la clínica, entonces yo tenía razón y la cuestión era más que grave. Mi mejor amigo podría estar agonizando en ese minuto y yo encerrado en el colegio, sin poder darle el último adiós. No podía ser, algo se me tenía que ocurrir para poder salir.

Entré a la sala todavía impresionado con la noticia. Cuando me vio Jiménez, que es bien pesado, se preocupó.

–Martínez, ¿se siente mal? ¡Está muy pálido!

–Un poco, profesor.

–Vaya a la enfermería. No es bueno que la gente enferma ande por ahí contagiando a los sanos.

¡Qué exagerado es este viejo!, pensé.

Era mi oportunidad para salir del colegio. Mientras caminaba me concentré en la expresión que tenía que poner en la cara, para que me viera enfermo, muy pero muy enfermo. Entonces me vendría la palidez total y así la enfermera iba a llamar a mi casa para que me fueran a buscar.

Si resultaba mi plan, podría alcanzar a ver al Quique.

¡Bieeeen! ¡Soy una máquina! La muy inocente cayó redondita.

A los veinte minutos, llegó mi mamá muy preocupada, pero cuando íbamos camino a la casa le conté la firme. Total, ya nos habíamos confesado secretos mucho más importantes. Para mi sorpresa entendió perfecto que quisiera ir a ver a un amigo, pero no le gustó nada que usara mi salud para eso.

Llamamos a la casa de Donoso para saber en qué clínica estaba y partimos.

–¡Qué bueno verte aquí, Fede! –me dijo la tía sorprendida cuando me vio llegar–. Enriquito se va a poner feliz cuando lo sepa.

–¿Qué le pasó al niño? –le preguntó mi mamá, preocupada.

–Lo están operando ahora. Es una apendicitis fulminante y aguda, nos dijo el doctor. Para qué te digo el pobrecito cómo estaba de adolorido y asustado antes de entrar a la sala de operaciones.

Una vez más se confirmaban mis sospechas ¡Era grave! Y eso que fuera no sé qué "itis" y más encima fulminante, sí o sí sonaba a muerte.

¡Morir tan joven! Y él que soñaba con ser árbitro profesional de fútbol cuando fuera grande. Otra injusticia más de la vida, pensé. Primero lo de Sanhueza, la muerte del papá y la famosa pérdida, y ahora esta enfermedad tan repentina del Quique.

Estaba pensando en esto, cuando vimos pasar la camilla con el desahuciado. Venía medio dormido todavía, así que ni me reconoció. Lo dejaron en la pieza y sus papás entraron a verlo. Después de un rato me hicieron pasar a mí. Entré bien nervioso, nunca había estado con alguien a punto de morir. Solo había vivido la mía, cuando me dio también una "itis" en la garganta, pero como no fue fulminante no me operaron ni me morí.

–¡Hola! ¡Viniste, Fede! –me dijo despacito, con el típico hilo de voz que tienen los que están a punto de morir. Como casi no lo oía, me acerqué harto a su cama para escucharlo. Estaba sin almohada y estoy casi seguro que le vi los ojos blancos... Obvio, por algo la enfermedad era fulminante, o sea en cualquier minuto dejaría este mundo cruel.

–¡Lógico, compadre! Cómo no iba a estar aquí contigo –le contesté con un nudo en la garganta.

–Gracias, igual.

Pensé que me iba a decir algo más, quizás sus últimas palabras y voluntad, pero cerró los ojos. Me quedé exactamente en el mismo lugar sin moverme hasta que sentí que abrían la puerta. Era la enfermera. Se acercó también ella a la cama y empezó a moverle una cantidad de mangueras y cosas raras que tenía conectadas en el brazo el pobre Quique. Como yo no quería separarme ni un solo minuto de mi amigo, no me moví, además para mirar todo lo que ella hacía.

De repente la señorita empezó a ponerse más seria y nerviosa que al principio y yo también.



–¡Niño! ¡Niño!... ¡Córrete!... ¡Niño! –me tocó el hombro.

–¿Ah?, ¿qué? Estaba tan concentrado aprovechando los pocos minutos que me quedaban para grabarme en los recuerdos la cara del Quique, que ni la oí.

–¡Niño! Te dije que te corras porque voy a quitarle la vía...

–¿Qué? ¿Cómo? ¿Por qué? ¡No puede ser! –le dije casi gritando a la enfermera y de puro miedo me dieron hasta ganas de vomitar. Estaba frente a una asesina. Iba a matar al Quique y seguramente yo vendría después, para que no quedaran testigos.

Saqué fuerzas de no sé dónde y le dije:

–¿Qué derecho tiene usted a quitarle, así como así no más, la vida a mi amigo? –tenía tanta rabia que ni siquiera esperé que me contestara, porque sería típico, igual que en las películas, lo negaría todo. Con más ganas entonces, seguí hablándole bien golpeado–. ¿Por qué quiere matarlo antes de tiempo? Además, sepa que él no está solo. Yo estoy aquí para defenderlo de personas malas como usted.

–¿De qué estás hablando, niño? –me contestó la muy cínica y con la misma cara de mosquita muerta que ponen las asesinas en serie.

–¡De la vida de mi amigo, señorita! Yo mismo le oí decir recién, que iba a arrancarle o sacarle la vida al Quique.

–¡No dije vida, dije VÍA! –me contestó enojada la muy patuda.

–¿La qué? –sabía que me estaba tratando de distraer y engañar con sus chivas, para poder dar el golpe final.

–¡Cálmate niño y escucha bien! La vía es esta aguja que tiene en el brazo el paciente y que sirve para pasarle los remedios directo a las venas, entonces le

hacen efecto más rápido y se mejora luego. Como ahora ya no la necesita, porque está bien, tengo que sacársela. ¿Entendiste?

–¡Ah...! Sí..., algo... Todavía no sabía si creerle o no. Me seguían tiritando las piernas y estaba tan mareado que tuve que afirmarme en la pared. Entonces le pregunté por qué no me lo había dicho antes, a ver si la pillaba.

–Bueno y cómo querías, si te pusiste a gritar y a hablar una cantidad de tonteras sin parar y me fue imposible explicarte –me dijo.

Terminó de sacar la famosa vía. No se despidió, dio media vuelta y se fue.

Me senté en el sillón que había al lado de la cama para recuperarme.

Lo bueno, pensé, es que el Quique nunca iba a saber lo que había pasado en su pieza ni menos el susto que tuve al pensar que se moría, porque seguía durmiendo como una guagua.

17 *Un amigo es un tesoro*

Perder a un amigo, dice mi abuela Pepa, es perder un tesoro, y yo después de la "itis" fulminante del Quique, le encuentro toda la razón. Aunque fuera pura película mía, igual me asusté con todo. En Talca ella tiene un montón de amigas con las que va al cine, almuerza, ayuda en un hospital y hasta viajan juntas. Unas pocas las conoce desde que eran jóvenes y vivían en Santiago. Les dice mi petit comité.

Hace como cuatro años murió su mejor amiga, la Tiqui, así le decían y la Pepa, cada vez que nos cuenta las cosas divertidas que les pasaron juntas, llora. Seguramente, más de alguna vez tienen que haberse peleado o "distanciado", como dice mi papá cuando no quiere reconocer que ha discutido con el tío Pedro, su gran amigo y compadre. Dice que no quiere saber más de él, pero no pasa más de una semana cuando ya están hablando otra vez.

Lo que es yo, con el Quique nos agarramos con todo cuando empieza con la tontera de separar el curso en grupos: los maduros y los inmaduros o en los hormónicos o muy desarrollados y los atrasados. No sé para qué lo hace, si él es el más cabro chico de todos y no tiene para cuándo afeitarse. Además, cada vez que se le va un gol o pierde en alguna discusión se pica, no habla y se va.

Tampoco me gusta cuando pela o se ríe de alguien. Yo le he dicho miles de veces que si uno no dice las cosas de frente es mejor no decirlas, porque es de poco hombre y además que él no le ha ganado a nadie para que se crea el mejor.

Bueno, pero igual es mi amigo y no podemos estar mucho tiempo peleados. Nunca han pasado más de dos días sin hablarnos. Ya nos conocemos y sabemos por dónde hacemos agua. A mi papá y al tío Pedro les pasa lo mismo y estoy más que seguro que la Pepa daría cualquier cosa para que la Tiqui resucitara. Por eso cuando volví de la clínica, y después de haber pasado tanto susto con lo de la vía, le escribí una poesía al Quique, eso sí no pienso mostrársela todavía.

Desde que tengo recuerdos,
estás en mis juegos.
Desde que se me cayó
el primer diente,
has estado presente.
Quique, amigo,
siempre vas conmigo,
a pesar de las peleas,
lo más importante
siempre queda.
En mi mente vi
de cerca tu muerte.
Pensé que te perdería y
no volvería a verte.
¿Cómo no íbamos a
vernos las canas y
la amplitud de frente?
Seguiremos siendo amigos,

de aquí hasta nuestra
verdadera muerte.

Después de leerla varias veces, me convencí que de todas maneras en mi primer libro voy a dejar un capítulo entero para las poesías que escriba a mis amigos, y como son hartos, el capítulo va a ser largo.

18 Mateo express

El típico dicho que todos los plazos se cumplen y que las deudas se deben pagar, nunca me había importado mucho hasta que se me vinieron encima los exámenes de fin de año y la obligación que tenía de aprobarlos todos, para pasar de curso y así cumplir con la palabra que le había dado a mi mamá: llegar a cuarto medio y graduarme. Aparte de eso, también se me vinieron encima las vacaciones y el tiempo que no vería a la Anita.

Como eran muchos los frentes, lo mejor, pensé, sería ordenar las preocupaciones por fechas y así me enredaría menos.

Lo primero: el colegio. Como me quedaban solo tres o cuatro semanas de clases, tenía que ponerme las pilas con todo, o sea transformarme en un mateo express y sacarme puros azules en los exámenes. Era un gran desafío para un tipo como yo que siempre ha sido del "montón" para abajo, como dice Sanhueza, pero este año, desde que descubrí mi vocación de poeta, he tenido la cabeza ocupada en cosas más importantes que la historia, los verbos o las ecuaciones. Todo esto, obvio, sin una gota de comprensión por parte de mi papá y menos de los profesores. Las anotaciones y castigos me han llovido, pero lo peor de todo ha sido mi bajón en las notas.

En resumen y para hacerla corta, me di cuenta de que en ningún ramo superaba el 5,0, excepto en Educación Física. Ahí salvaba con un 6 pelado, gracias a que el entrenador me ha tenido siempre barra. Para él, el esfuerzo y empeño son suficientes. "No se preocupe, Martínez", me dice siempre, "su físico no lo acompaña mucho todavía, pero tenga paciencia y ya verá cómo en un par de años será el crédito del básquetbol en el colegio". No sé si tendrá o no razón, pero lo que yo sí tenía claro es que por ahora hasta el test de Cooper me costaba pasarlo.

Dado el escenario, no tenía otra que estudiar con los más secos del curso. El mega ultra mateo ha sido siempre Roberto Verdugo. Sabe de todo y si no lo inventa o lo investiga. El único problema con él es que terminó chato conmigo y otros tres compañeros igual de pernos que yo, cuando el año pasado le pedimos ayuda con los exámenes de primer semestre. El pobre trataba de explicarnos las cosas, mientras nosotros nos pasábamos puro peleando por las galletas y bebidas que nos daba su mamá mientras estudiábamos: "pucha Verdugo, le decía yo, no te pongas así, lo que pasa es que tanta concentración nos da hambre", pero él al final se chateó igual y de pura rabia nos dijo que nunca más nos iba a ayudar. Así es que Verdugo no calificaba.

El Choclo Quintana es casi igual de seco que Verdugo, pero le gana en buena onda y en paciencia. Con él me concentro un poco más, porque su mamá no nos da ni un vaso de agua. Además, se le ocurren miles de formas para explicarnos las cosas que no entendemos. Por último, era la única opción que me iba quedando y como sabía que era fanático de los Súper Ocho y de las Negritas, se me ocurrió ofrecerle a cambio de las clases, una bolsa grande de cada una. No podía haberle achuntado mejor, le cambió la cara y me dijo altiro que sí.

–Pero Martínez, tienes que jurar que vas a ser responsable y que no vas andar paveando.

–Obvio, le dije haciendo una cruz al cielo.

Para lo de las vacaciones y la separación de la Anita tenía más tiempo, aunque también era un tema de máxima preocupación. Por primera vez, nos quedaríamos los dos meses en el campo de mis abuelos en Talca. La cuestión era que por fin a mis papás se les habían "dado las cosas" y, después de esperar no sé cuántos años, podían pintar la casa.

Cuando nos contaron la tremenda noticia, a mí y a la Cata nos dio mucha rabia y una lata espantosa; lo pasamos bien allá, pero nunca tanto. Sesenta días son demasiados. Para la Paula era lo mejor, ahí están mis primos chicos que son de su misma edad y lo pasa bacán.

Con tanto tiempo separado de la Anita, pensé, mi inspiración podía disminuir o hasta acabarse completamente y entonces mi vocación de poeta quedaba en grave peligro, y todo para que unas simples paredes quedaran blancas. Igual no podía, por ahora, dedicarle tiempo a ese tema, porque si en el colegio me iba mal, también corría el mismo peligro de olvidar mi sueño. Así que: ¡Con todo a los exámenes!

El día que los profesores nos dieron la lista con las fechas y las materias para cada examen, el Choclo nos pescó a Guzmán, a Muñoz y a mí, los tres que estábamos en el mismo caso y nos dijo:

–Desde mañana empezaremos a hacer resúmenes y ejercicios, así es que todos los días después del colegio nos vamos a juntar en mi casa para estudiar.

Era una orden.

–¡Ya, Choclo, de todas maneras! –le contestamos sin chistar.

Y así lo hicimos. Al principio me costó un poco porque me daba mucha lata pasarme toda la tarde metido en los cuadernos, pero aperré no más.

Casi siempre llegaba tarde y bien cansado a mi casa. Uno de esos días, vi a la Anita con un grupo de amigos y amigas conversando y riéndose en la plaza que hay al medio del condominio. Traté de acercarme lo más disimulado posible para poder oír de qué se reían tanto. En una de esas, pensé, podía sentarme con ellos y estar un rato con ella. Parece que disimulé mucho, porque nadie se dio ni cuenta que pasé por ahí. Un poco picado me devolví y caminé más seguro, ahora por el medio del pasto y bien cerca del grupo. Hasta tosí, pero nada, nadie me pescó, menos la Anita. Estaba hablando sin parar y todos la miraban como hipnotizados. Movía el pelo, las manos y se reía todo el rato.

Ahí sí que me dio rabia y como no pensaba hacer el ridículo, no di ninguna vuelta más y entré a mi casa. Subí altiro a mi pieza y no comí. Esperé un poco y me asomé a la ventana para ver si seguían ahí. Estaban todos en el mismo lugar, pero ahora ella y los demás oían a un compadre que debe haber sido bien gracioso porque se reían sin parar. Me quedé un rato mirándola. Estaba igual o más bonita que la última vez que la había visto, pero esta vez, no sé si por la pica o qué, sentí como un pinchazo raro en la guata.

Cerré la cortina, me acosté y traté de leer algunas poesías del libro que me regaló mi mamá, pero no me concentré nada.

19 *¿Pro... pro... fe, fe... so, so... ra, ra o mu, mu... mu, mu... sa?*

–Jóvenes, aquí –nos dijo la miss de inglés con un montón de papeles en la mano–, están los exámenes de aquellos alumnos aprobados y estos otros –mostró unas hojas que tenía sobre el escritorio– los muchachos que obtuvieron nota inferior a cuatro, o sea, los reprobados.

Todos, menos Verdugo y Quintana, nos miramos con la misma cara y haciéndonos la misma pregunta. ¿En cuál de los dos montones estaré? La respuesta llegó bien luego y, a pesar de cruzar hasta los dedos de los pies, caí, como era obvio, en el montón de los reprobados con tres o cuatro giles más.

A los suertudos les dio permiso para irse, en cambio a nosotros nos dejó atornillados en la sala.

–Veo –nos dijo la miss– que son los mismos de siempre. Sé que a todos ustedes les cuesta mi asignatura, por eso dejan el estudio para el último momento, cuando debería ser exactamente al contrario. Pero bueno –continuó– en fin, sea como sea, mi deber es que logren aprender al menos lo básico, por eso he decidido darles una segunda oportunidad. El lunes tendrán cinco minutos cada uno, para exponer en inglés y al frente de sus compañeros un tema libre. ¿Les queda claro?

–Sí, miss –contestamos a coro.

Al salir de la sala nos miramos y no podíamos creer que la vieja nos estuviera haciendo esta tremenda paleteada y que al final no fuera tan pesada como siempre pensamos. Si lograba subir las tres décimas que me faltaban en inglés, pasaba de curso.

Me fui más que feliz a la casa, pero en la mitad del camino se me acabó de una la alegría. Me di cuenta que iba a ser imposible para mí hablar cinco minutos seguidos en inglés, cuando jamás logré aprenderme las canciones que nos enseñaron en pre kínder y menos entender las que escuchamos ahora en las fiestas.

¿Qué iba a hacer? Nadie en mi casa me podría ayudar, porque somos totalmente negados para los idiomas. La única que más o menos atinaba era la tía Panchita, una prima de mi mamá, que vivió en Estados Unidos como tres meses cuando estaba en el colegio, o sea hace demasiados años. Verdugo y el Choclo tampoco calificaban. Los pobres por fin habían salido de vacaciones. Entonces, no me quedó otra que hablarlo a la hora de comida con mis papás y mis hermanas, a ver si a alguno se le ocurría qué hacer.

Nos dimos no sé cuántas vueltas, pero no llegamos a nada. Hasta que de repente la Cata gritó:

–¡Fede, ya sé! La Anita es la persona. Acuérdate que su colegio es bilingüe. La enana es seca y habla como si fuera gringa. A mí me ha ayudado un montón de veces.

–¿Por qué le dices enana? Es un poco más chica que tú no más –no pude disimular la rabia que me dio.

–¡Ah! ¿Qué te importa, exagerado? –contestó, indiferente total.

–Ya, niños, ¡cállense y no peleen por tonterías! –dijo el papá–. La Catita tiene razón, es la mejor opción que tienes. Termina rápido de comer y anda a hablar con ella.

No pude tragar ni un solo arroz más. Para variar, se me había cerrado la

garganta, pero hice como que seguía comiendo, aunque puro di vueltas el tenedor en el plato para que nadie se diera cuenta que me había puesto súper nervioso con la tremenda idea de mi hermana.

¿Podría mirar a la Anita como profesora, si era mi musa? Ellas son fuente de inspiración no de instrucción, pero por otro lado, pensé, no podía ser mejor para un poeta, aún en las sombras como yo, estar cara a cara con quien es su razón de ser.

Viendo el lado lleno del vaso y pensando positivo partí a la casa del lado.

Antes de tocar la puerta, tragué saliva, respiré profundo y traté de contar hasta diez, como en los libros y en las películas. No sé por qué ni a quién se le habrá ocurrido ese número, pero yo necesité contar hasta cincuenta para bajar mi ansiedad.

Me abrió Cristián, el hermano chico, que es igual de catete, pesado y metido que todos los hermanos chicos.

–¡Hola, Tatán! ¿Están comiendo? –le pregunté de corrido.

–No, ya terminamos. ¿Qué quieres?

Pero justo cuando iba a hablar de nuevo y preguntar por la Anita, sentí que la lengua se me secó, me fui a negro y, lo peor de todo, mi mandíbula tomó vida propia.

Tenía al enano mirándome con cara de pregunta, así que seguí no más.

–Ne, nene, nene cesito, haha, haha blar con, concon, lala, lala A ni, nini, nini ta ¿eeeestá, está? –ni yo entendí lo que dije, pero hice como si nada.

–Ja, ja, ja... sisí, sisí, si es, es, está arriba –me imitó, muerto de la risa el pedazo de plomo y además el muy metido dijo–: Oye Fede, te aviso que si quieres invitarla a una fiesta, ¡perdiste! A ella no le gustan los de tu edad, dice que son todos unos inmaduros y mamones.

–No, no, ees, ees, popor, popor otra coco, coco, cocosa. –¡Qué patético me sentí! Trabado entero y más encima dándole explicaciones a un cabro que se caía cada vez que se subía a un skate.

–¡Anita! ¡Anita! El Fede quiere decirte algoooooo –chilló.

Menos mal que bajó altiro, pero el catete se quedó parado ahí mismo y listo para escucharnos.

–¡Ándate, Cristián, nadie te invitó a este picnic! –le dijo la Anita con una autoridad increíble. El enano ni chistó y se fue.

Ahí mismo en la puerta, ya destrabado y tranquilo, tuve que explicarle lo del rojo, la disertación para el lunes, la necesidad que tenía de aprobar y por supuesto mi nula habilidad para el inglés.

–¿Crees que me puedes ayudar? –le pregunté rápido para no volver a tartamudear.

–Yo creo que sí, aunque también tengo un examen el lunes, pero igual me puedo organizar –contestó con una sonrisa y la cara doblada sobre el hombro. No pestañeó, pero estoy seguro que se le pusieron un poco rojo los cachetes.

–¿Ya tienes el tema? –me preguntó como interesada.

–No, todavía no, pero eso es lo más fácil para mí –tenía que demostrarle que no era tan inútil ni tan ñurdo.

–Ya, entonces Fede, tráelo mañana sábado después de almuerzo para que te lo pueda traducir y después enseñarte cómo se pronuncia.

–¡Ya, bacán! –le contesté.

Me quedaba muy poco tiempo para encontrar información de no sabía qué, pero además para estar con ella algunas horas. Aunque ya era tarde cuando llegué a mi casa, prendí el computador y me puse a buscar en Google algún tema que me gustara y fuera fácil, pero no encontré nada, hasta que de repente vi en la repisa que está justo arriba del computador el libro Robinson Crusoe. Lo leí en quinto, pero me acordaba perfecto de las aventuras que vivió en la isla y además todo lo de su amigo Viernes, así que me puse de cabeza y escribí una poesía. Obvio, es lo que mejor sé hacer.

Me acosté tranquilo. Tenía la cara de la Anita en mi memoria y con ella dormí profundamente.

20 Definitivo: no se me da el inglés

A Robinson Crusoe

Muchos años han pasado
desde que fue publicada,
la clásica novela de
este náufrago admirado.
Daniel Defoe lo imaginó,
en una isla a pleno sol.
Veintiocho años de aventuras
su personaje vivió.
Robinson caminó y caminó,
días y noches la isla recorrió,
hasta encontrar a su amigo
que Viernes bautizó.

Poema en mano y con mi mejor polera, partí el sábado a la casa del lado. Toqué la puerta con los dedos cruzados para que no me fuera a abrir otra vez la peste de Cristián. Menos mal que me resultó, porque me abrió la misma Anita. Traté de pasar lo más piola posible para que no se fuera a dar cuenta que estaba un poco nervioso, así que la saludé de lo más normal con un beso en el cachete.

Nos instalamos en la terraza y le entregué mi trabajo.

–¡Fede, no sabía que escribías poesías! Está buenísima –me dijo impresionada.

–Gracias, pero no escribo casi nunca. Esta es como la tercera, las otras dos las hice para una tarea del colegio.

Lo dije como si nada, aunque me sentí más grupiento y fulero que esos tipos que venden puras cuestiones que no sirven para nada en las micros. Pero no pensaba contarle que ella era mi musa ni que le había escrito millones de poesías, tenía que mantenerme igual de inocente no más.

–No sé si en inglés las palabras vayan a rimar igual que en castellano–me dijo–, pero voy a tratar de que sean lo más parecidas posibles.

–Ya dale, total de ahí vamos viendo lo que sale –le contesté relajado.

Se sentó con varios diccionarios y empezó a escribir. Yo pesqué una revista que estaba en la mesa e hice como que leía, pero en verdad no vi ni una sola letra, porque lo único que hice fue mirarla todo el rato.

No pasaron ni diez minutos cuando terminó de traducir y la leyó. Se oía espectacular y en verdad parecía gringa, justo lo que me había dicho la Cata.

–Listo Fede, ahora te la voy a ir diciendo verso por verso para que sea más fácil.



Ahí empezó la pesadilla. Cada frase era una tortura, se me trababa la lengua, después me salían perfectas dos palabras y con las tres siguientes no había caso. Cuando lograba memorizar un verso completo me enseñaba otro, pero los mezclaba o se me olvidaba la mitad. Con la pronunciación fue la misma cosa, más que inglés mi idioma parecía chino mandarín o algún dialecto africano.

Después de casi cuatro horas seguidas de repetir y repetir con pésimos resultados, me di cuenta que la Anita no quería más conmigo y que su paciencia se había agotado. Ya había hecho todo lo humanamente posible para que yo pudiera memorizar las palabras, caminó alrededor de la mesa, puso cara de Viernes, del náufrago Crusoe, hasta me escribió los versos en carteles, pero no hubo caso.

–Fede, por favor trata de concentrarte por última vez, porque así como vas no podrás aprobar –dijo la Anita seria y más que chata.

Así lo hice, ya no podía seguir siendo tan pero tan ñurdo, así que cerré los ojos y me enfoqué al máximo hasta que por fin, y sin darme cuenta, dije la poesía completa y de corrido. Ni ella ni yo lo podíamos creer. Fue tanto que la Anita se paró de un salto y de puro contenta me abrazó. Como nunca, ni en mis mejores sueños había imaginado que eso podía pasar. Me pilló volando bajo y cuando vine a reaccionar me fui a negro total de pura vergüenza, pero lo peor y más grave fue que la maldita poesía se me borró por completo. No le dije nada a ella, tomé mis cosas, le di las gracias y me fui antes que se le ocurriera hacérmela repetir.

Ya en mi cama, leí la traducción veinte veces y traté de recobrar la memoria.

Fue imposible. Cerraba los ojos y solo veía la cara de mi musa. Me acordaba de ella caminando alrededor de la mesa, como si fuera el mismo Robinson en la isla. No podía hacer nada más y pensé lo mismo que Julio César después de conquistar la Galia: "la suerte ya estaba echada". Además, como dijo otro: "quién nada sabe, nada teme". Me quedé tranquilo, pero antes necesitaba escribir algunos versos para expresar lo vivido en la tarde.

¡Oh! Mi dulce musa,
debes saber que jamás
otro rostro hará conmover
esta inspirada pluma.
Tu belleza y encanto
logran borrar de mi memoria
todo lo banal y todo lo falso.

Se cumplió el plazo y ahí estábamos los cuatro pastelitos el lunes con la miss Patricia en la sala.Yo seguía con amnesia total y convencido de que Julio César tenía toda la razón con eso de la suerte. Si no se producía un milagro, yo seguiría profundizando octavo y castigado de por vida.

Empezaron las disertaciones. Primero pasó el cabezón Rodríguez, Torres, De la Fuente y por último yo. Partí con el título de la poesía que era lo más fácil. Respiré y esperé a ver si mi memoria con eso reaccionaba. Nada. La miss tosió como dos veces y eso parece que fue más útil, porque empecé a decir algunas palabras y versos. Todos desordenados y con pésima pronunciación, pero al menos estaba hablando. Hasta que como disco pegado empecé a repetir eso de que Robinson Crusoe caminaba alrededor de la isla, o sea *walked around the island* y junto con eso se me apareció la cara de la Anita repitiéndomela y dando vueltas alrededor de la mesa de su terraza. No sé cuántas veces la dije, porque tenía los ojos cerrados acordándome de esos momentos mágicos hasta que un tremendo grito de la miss me despertó.

–¡Federico! ¡Federico! Basta, no más. ¡Cállese, por favor! ya sabemos que el pobre hombre caminó y caminó alrededor de la isla, pero ¿qué más?

–Bueno miss, también vivió muchas aventuras y hasta encontró a un nativo que fue su amigo y le puso Vier...

–¡En inglés, Martínez, en inglés! –me interrumpió.

–¡Ah! Entonces, miss, como le decía Robinsón Crusoe...walked... walked... no pude más. Mi repertorio se había acabado y no se me apareció ninguna otra palabra.

Los otros tres que estaban sentados mirando me hacían señas con el dedo gordo para abajo y se cortaban el cogote con la mano. Ahora sí que la cosa se acababa para mí. Entregado, bajé la cabeza como los condenados a cadena perpetua, esperando solamente que la miss me lo confirmara.

–Suficiente –dijo levantándose del escritorio y con las manos juntas, como rezando– ¡No sé qué voy hacer con usted, Federico! Al menos dígame ¿de dónde vienen esas palabras que alcanzó a decir?

–¿Le contesto en inglés, miss? –le dije, el muy patudo.

–No, contésteme en castellano no más, gracias.

–Bueno miss, son de una poesía que escribí yo.

–¿Usted, Martínez? ¿Puede mostrármela, por favor?

–Sí claro, aquí está –y se la entregué.

Después de leerla, me dijo:

–Federico, váyase con un cuatro. Le doy las tres décimas que le faltan porque esta poesía es muy bonita, aunque no la haya recitado en inglés. Pero a cambio –me dijo– quiero pedirle que durante el verano haga algo más por el idioma. Está en sus manos mejorarlo.

–Sí miss, no se preocupe, voy hacer todo lo que pueda –le contesté sin pensarlo.

Estaba tan contento que me fui corriendo a mi casa, pero justo antes de llegar me di cuenta que en verdad no le había entendido a la miss eso de hacer algo por el idioma. ¿Qué podría hacer yo? Si hace no sé cuántos años a unos ociosos se le ocurrió empezar a hablar distinto y nadie desde esa época ha reclamado, al revés, les encanta aprender varios idiomas.

No le di más importancia, total como dice mi papá: "a las mujeres no hay que entenderlas, hay que quererlas no más"

21 ¡Feliz año nuevo!

Después de todo lo que transpiré para pasar los exámenes y la tremenda vergüenza en la disertación de inglés, logré quedar "promovido" a primero medio. Para cualquiera, la palabrita, aparte de ser terrible de siútica, no dice nada, pero para este pechito son diez toneladas menos en la conciencia.

La ceremonia de premiación, como todos los años, fue igual de fome. Los mismos discursos y, por supuesto, los mismos premiados. ¿Para qué tanto atado?, me pregunto yo. ¿No sería más fácil mandarles a los mateos un paquete con sus premios y diplomas por correo a su casa? Así por lo menos nos liberarían de esta tremenda lata.

Los días que siguieron a la salida del colegio fueron bacanes. Primero, y siguiendo la tradición que tenemos con mis amigos, rompimos todos los cuadernos que usamos en el año para sentirnos de verdad en vacaciones. Nos turnábamos entre la piscina del Pelao y la del Quique. Salimos en bicicleta por el barrio y a un cerro que hay cerca. Fuimos al cine con algunas compañeras de curso y descubrimos una calle nueva para tirarnos con los skates. Para eso no soy muy bueno porque paso en el suelo y termino lleno de moretones, pero igual me gusta.

También en mi casa la rutina cambió. Mi mamá, como todos los fines de año, se puso pesada y nos pasó retando porque nos levantábamos tarde y no hacíamos nada útil en todo el día. Siempre se acelera con todo. Entra y sale con la cuestión de los regalos y la organización de la comida de Navidad. Más encima este año, a parte de mis cuatro abuelos, estaban invitados dos tíos solterones que tiene mi papá. Siempre lo pasamos bien con ellos porque nos cuentan todas las cosas que les han pasado en los viajes y nos reímos mucho.

Aparte de la comida y los postres que trajeron mis abuelas, lo mejor de esta Navidad fueron los regalos que recibí. El tata y la Pepa, un par de riendas nuevas para montar en el campo y el tomo tres de *Harry Potter*; mis otros abuelos, un traje de baño; y mis papás, un celular nuevo, ahora con plan. ¡Nunca más gastar de mi mesada en la recarga!

Pasada la celebración navideña vino, como es la costumbre también, la organización del Año Nuevo. Por primera vez, a los vecinos del condominio se les ocurrió organizar una fiesta para todos. La idea, pensé, me cayó justo, porque podría darle el primer abrazo del año a la Anita y cumplir con una de las famosas cábalas que la gente tiene para esa noche. Dicen que si uno abraza a alguien del sexo contrario y que además le guste un poco, el año que empieza trae puras cosas buenas para los dos. Las otras, como comer lentejas o doce uvas para tener plata, salir con una maleta para viajar y otras tonteras más, no me interesaban para nada.

Los organizadores de la fiesta habían repartido la pega para que las cosas fueran más fáciles para todos. La onda en el condominio cambió un montón con la idea. En las tardes nos empezamos a juntar en la plaza para conversar de la fiesta, las vacaciones y esas cosas. Lo pasábamos demasiado bien, hasta que un día apareció como de la nada en el grupo un tal Pancho. Tenía como dieciséis, era alto y con una tremenda espalda. Se notaba que ya se había afeitado y tenía un montón de espinillas. A todas las mujeres, desde la Paula, mi hermana que tiene once años, hasta la Sole que ya cumplió diecisiete, les dio

con la misma tontera; se reían por cualquier cosa, hablaban todas al mismo tiempo y no se dejaban el pelo tranquilo. Yo le pregunté a Tomás, que vive en la primera casa, quién era. Él tampoco lo conocía, pero creía que como los de la casa seis se habían cambiado hace poco, era seguro que ahora vivía ahí con su familia.

Desde ese día, las conversaciones en la plaza no fueron lo mismo. Al tal Pancho le encantaba decir que era seco para los deportes y que se había ganado un montón de premios y cuestiones así. Que tenía fiestas todos los fines de semana y que además le iba bacán en el colegio. Para mí que no le había ganado a nadie, pero igual se hacía el choro delante de las mujeres.

Por fin llegó el treinta y uno, y desde temprano empezamos a trabajar. Los papás instalando los parlantes, poniendo las luces y armando los mesones. Las mamás en las casas preparando la comida. Nosotros trasladando mesas y sillas, y las mujeres estaban encargadas de la decoración, así que ponían carteles, globos y todo tipo de adornos.

En uno de mis viajes con las sillas me topé con la Anita poniendo unas flores. Estaba igual o más bonita que siempre.

–Oye Fede, yo creo que la fiesta va a estar increíble, ¿o no?

–Por lo que se ve sí –le contesté– y antes que siguiera caminando le dije: –Oye, cuando sean las doce, ¿puedo darte el primer abrazo del año? La pregunta me salió parejita y sin ningún tartamudeo.

–Yo creo que sí, me encantaría, pero con tanta gente que abrazar al mismo tiempo, a lo mejor no te voy a encontrar.

–No te preocupes, yo te busco.

Seguimos trabajando y, cada cierto rato cuando nos encontrábamos, yo la miraba y ella se reía, hasta que quedó todo listo y como a las diez prendimos las luces de colores y la música.

Las mamás habían puesto arriba de las mesas un montón de cosas ricas para comer, así que nos fuimos paseando para probar de todo. Sin darnos ni cuenta, se formaron dos grupos. Los más chicos, o sea los de doce para abajo, se lo pasaron corriendo y molestándonos a nosotros que éramos como quince, entre hombres y mujeres, incluido el ultra mega ya famoso Pancho.

Faltaba todavía para las doce, así que me senté con Tomás a conversar de lo que haríamos para las vacaciones. Mientras hablábamos no le saqué los ojos de encima a la Anita, que andaba paseándose con la Tere y la Pía. Le conté que este año me iba al campo los dos meses y él me dijo que se iría a la playa como todos los veranos. Algo me preguntó después el Tomy, pero no alcancé a oírlo, porque volví a pensar en la cantidad de días que no vería a la Anita y que con tanta separación se me podrían olvidar sus pestañeos, la cara y esa sonrisa tan linda que tiene. Ya sabía que estaba a punto de enfrentarme a la primera gran prueba que alguna vez tienen que vivir los poetas: la separación de sus musas. ¿Vendrían ya los días sin dormir ni comer, los desangres y el desconsuelo? Y lo más importante, después de todo eso, ¿lograría resurgir de las cenizas y salir bien parado para volver a encontrar inspiración? Tenía que estar preparado para esta y quizás otras pruebas más, si quería llegar a ser un poeta como los grandes.

Con tantos pensamientos importantes no me di ni cuenta que ya eran las doce. Oí gritos y la explosión de varios corchos de champaña. Vi las luces de

las estrellitas y... cómo todos se abrazaban. Todos menos yo.

Entre el desorden busqué a la Anita para cumplir con mi palabra, pero fue demasiado tarde. El chanta de Pancho la estaba abrazando. Me quedé ahí parado como idiota. ¡Me dio tanta rabia! Y volví a sentir la misma puntada que ese día de la ventana.

De repente, la vi saltando y haciéndome señas para que me acercara. Superé rápido la mala onda y caminé como pude entre la gente, hasta que llegué a darle un abrazo. Aunque para ella ya no era el primero, para mí sí, entonces tenía la esperanza de que se me cumpliera la famosa cábala de las cosas buenas para el año.

–¡Feliz Año Nuevo, Anita! –le dije mientras la abrazaba y pensaba que de verdad me gustaría que así fuera para ella.

–Para ti también, Fede, y ojalá que este año podamos ir a más fiestas juntos –me dijo.

–¡De todas maneras! –fue lo único que alcancé a decirle– porque justo llegó la Tere y mi papá para seguir con los abrazos.

Tres días después de la fiesta de Año Nuevo, empezamos a preparar todo para irnos al campo. Como teníamos que llevar más cosas que las de costumbre, mi mamá se complicó mucho y tuvimos que atrasar un poco el viaje. Aunque cada uno hizo su maleta, ella igual las revisó como tres veces para chequear que no se nos quedaba nada. En la mía, para variar, siempre faltaron cosas. Gracias a eso yo aproveché lo que más pude para estar con la Anita. Un domingo en la mañana, mientras lavaba el auto de mi papá, la escuché ponerse de acuerdo con la Tere y la Pía para ir al mall después de almuerzo. ¡Esta es la mía! Entonces se me ocurrió llamar altiro al Pelao y al Quique con la chiva de ir al Mc Donalds, como despedida antes de las vacaciones. A ellos, igual que a mí, les carga ir a dar vueltas como pernos, pero si íbamos a comer hamburguesas la cosa cambiaba totalmente. No les pensaba decir nada de la Anita ni que me quería encontrar con ella, porque como los conozco, se habrían reído de mí todo el rato.

Como era fin de semana, el mall iba a estar lleno, por eso tenía clarísimo que no podía pavear ni un solo minuto, porque si no chao con el encuentro "casual".

Aunque no había pensado qué iba a hacer cuando la tuviera al frente, sabía, como que me llamo Federico y que quiero ser poeta, que esa oportunidad era única y no me la perdería ni muerto.

Estuvimos un buen rato en el Mc Donalds, y después de que mis amigos se comieran dos hamburguesas cada uno y que yo solo pudiera darle unas pocas mascadas a la mía, les pedí que me acompañaran a buscar un regalo para llevarle a mi abuelo. No se dieron ni cuenta que era la chiva para caminar por el mall y encontrarme con la Anita. Cuando íbamos saliendo, el Quique me pasó unas monedas que le sobraron después de pagar mi hamburguesa, pero al muy torpe se le cayeron al suelo. Entonces, me agaché para recogerlas. En eso estaba cuando por hacerle el quite a un niño que casi me pisa, se me cayó el llavero que tenía en el bolsillo y por supuesto que las llaves saltaron para todos lados. Sin ellas no podría entrar al condominio, porque desde hace una semana los timbres y los citófonos estaban malos.

Frente a todo este panorama cacho, mis amigos paletas se fueron muertos de vergüenza y ahí quedé yo tratando de recoger todas las llaves.

De repente, vi que alguien se agachaba y me hablaba. ¡Era ella!

–¡Hola, Fede! ¿Qué estás haciendo en el suelo? –me preguntó.

–No, nada, es que se me cayeron unas monedas y las llaves.

–¿Y las encontraste?

–Las monedas sí, pero me falta una de las llaves –le contesté mientras me paraba.

–¿Son las de la reja del condominio o las de tu casa?

–No sé todavía. –¿Cómo podía saberlo si las dos porquerías son iguales?, pero alcancé a reaccionar y le dije–: Creo que son las de la reja grande.

–Yo tengo las mías –me dijo–, si quieres llévatelas y cuando yo llegue tú me abres –me lo dijo con esa voz suave y femenina que tiene.

–Buena idea –más que buena, era espectacular para mí–. Entonces te espero allá.

Me fui más que contento y ni se me ocurrió buscar a los modelitos de fidelidad que habían demostrado ser mis amigos.



Estuve como el rey de los macabeos, esperándola en la plaza casi dos horas. Ni siquiera le contesté a mi mamá que me llamó veinte veces, pero yo preferí que me retara bien retado antes de perder estos pocos minutos que tenía para estar solo con la Anita.

Por fin, la vi en la puerta y fui corriendo a abrirle. Caminamos hasta la plaza y nos sentamos en el pasto a conversar un rato.

–Fede –me dijo– nunca me contaste si a tu miss le gustó la poesía de Robinson Crusoe.

–Sí, sí le gustó y me felicitó, aunque no la dije entera en inglés. –Supiera, pensé, que mi disertación se redujo a solo dos palabras, pero no me convenía darle más detalles y traté de cambiar de tema, pero ella siguió.

–Oye, a mí también me gustó mucho lo que escribiste, ¿has pensado en escribir otras poesías?

–Bueno, no, no se me había ocurrido. –Si Pinocho hubiera tenido un primo hermano, seguro que ese hubiera sido yo.

–Si alguna vez escribes más, ¿me las mostrarías? A mí me encantan las poesías, siempre leo un libro que tengo, pero soy nula para escribirlas.

–Obvio, pero no creo que se me ocurran mucho.

Estábamos de lo mejor y entrando en tierra firme, cuando oímos a Cristián gritándole porque la llamaban por teléfono. Una vez más al enano le saltó el maní y nos cortó la conversación, pero antes de irse me preguntó, mirando para abajo y bien despacio, cuándo me iba al campo. Le dije que al día siguiente, pero después de almuerzo.

–Entonces, ¿nos podemos ver mañana?

–Obvio, de todas maneras.

–Ya, entonces hasta mañana –me dio un beso de despedida en el cachete y se fue.

Después de eso, nunca más volví a la tierra. Hice mal todo lo que me pidieron. No contesté cuando me hablaban, no comí ni tomé agua, lo único que me importó fue sentarme en el escritorio y escribir.

Solo unos minutos contigo,
el tiempo se va sin preguntar,
pero yo lo siento eterno
cuando te puedo mirar.

Al día siguiente y mientras cargaba el auto con mi papá, la vi parada en la puerta de su casa. La saludé con la mano y ella me hizo señas para que fuera.

–Toma –me dijo– llévate mi libro de poesías. Te lo presto por el verano y, en una de esas, te sirve para poder escribir algunas tú también.

–Gracias, yo...

No pudimos seguir hablando porque me llamaban desde el auto.

Ya en la carretera, y sin que nadie se diera cuenta, saqué de mi mochila el libro y vi que tenía varias páginas marcadas. Entendí entonces que este libro sería como estar con la Anita, mi musa todo el verano.

23 *No era tan fome*

Después de casi un mes en el campo, no podía negar que lo había pasado mucho mejor de lo que pensé.

Los primeros días andaba bien aburrido. Seguía con un poco de rabia pensando que la estadía sería más larga de lo normal. No se me ocurría qué iba hacer todo ese tiempo encerrado en el campo, aparte de acompañar al abuelo Julio a supervisar las cosechas y todas las cuestiones que hace con los animales, no veía en qué otra cosa podría entretenerme. Además, no dejé de pensar en la Anita y en las últimas veces que estuve con ella. Tampoco se me sacaba de la cabeza el famoso chanta y piérdete una de Pancho. Era obvio que se haría más amigo de ella, porque de todas las mujeres del condominio es lejos la más bonita y buena onda. Si era así, yo me quedaría sin musa, sin inspiración y sin poesías... En resumen, sin un futuro por el que luchar.

La Cata estuvo igual. No sé si por alguien que le gustaba o qué, pero como le carga el pan amasado porque engorda; hacer mermelada y conservas con la Pepa, porque le da calor; y menos acompañarla a la casa de las amigas a tomar té, andaba igual de bajoneada que yo. Lo único que le animaba un poco, era cuando iban al río a quemarse con las hijas del administrador, que son bien piolas y buena onda. En cambio la Paula se integró altiro y le faltaban horas del día para hacer tonteras con mis primos chicos, que estaban en otra casa pero en el mismo campo.

Menos mal que la lata profunda me duró poco, porque a la semana llegaron mis primos mellizos que viven en Valdivia: Felipe y Alberto (el Tito). Son un año mayor que yo y bien distintos a mí, pero lo pasamos bacán juntos.

La primera noche que llegaron, nos quedamos después de comida en el corredor, conversando con los abuelos. Querían saber cómo había sido nuestro año y los planes que teníamos para este.

–Felipe, ¿qué promedio tuviste? –es la típica pregunta que le gusta hacer al tata cuando estamos los tres primos.

–Igual que el año pasado, 6,5.

–¡Qué bien! ¿Y tú, Alberto?

–Subí un poco, 6,7 tata.

Me tocaba a mí, pero como la Pepa conoce bien mi historia académica, me tiró un salvavidas.

–Fede –me preguntó– ¿en cuántos partidos de básquetbol fuiste titular?

–Como en seis o siete –me salté la parte que Santander, uno de los más secos, se lesionó y como no habían más reservas me pusieron a mí–. Y en todos di puntos a mi equipo. –Eso sí que era verdad.

–¡Mira qué bien! –comentó la Pepa contenta.

–Yo gané el campeonato interescolar de matemáticas –dijo el Tito– y el Feli, el de ajedrez.

Si seguíamos así, me iba a ir pésimo, porque yo no tenía nada más que contar para lucirme. Era imposible comentarles lo de mi vocación de poeta, con musa y todo, porque estaba seguro que al tata le iba a dar un ataque de la pura impresión y después se lanzaría con uno de esos discursos lateros sobre la seguridad y el futuro, que le encantan a él.

Menos mal que la Cata llegó justo y cambiamos de tema.

Al rato me empecé a aburrir, además quería estar solo para poder leer alguna poesía del libro de la Anita y así imaginarme que estaba con ella y escribirle algunos versos.

Di las buenas noches y me fui a la pieza, antes de que a los mellizos les bajara el sueño y se fueran a acostar.

Guardo en silencio
tu nombre y mi vocación,
no quiero que el mundo
sepa cómo alimento
mi alma y mi corazón.
En cada poema que escribo
hay sueños, sentimientos e ilusión.

Otra:

Aunque no te vea,
mi corazón te siente,
como si a mi lado
estuvieras bella musa
por siempre presente.
En cada hoja de este libro
tus ojos veo brillar,
y en cada página tu
alma me hace soñar.

Terminé justo. Guardé la hoja dentro del libro y lo escondí apurado debajo del colchón de mi cama. Ese fue el lugar más seguro que encontré cuando llegué, pero para mantener el secreto, tuve que hacer mi cama todos los días. A cambio, la Ester, la nana de mis abuelos, me daba los pedazos más grandes de pastel de choclo, sandía, kuchen y el pan cuando estaba calientito. Además de tirarme flores todo el día, le dio con que era un niño muy "bien aprendido".

Felipe encontraba que yo era perno total por hacerlo, en cambio el Tito quiso copiarme varias veces, para ver si también le daban más comida. Pero no hubo caso, la cama le quedaba pésimo y la Ester se enojaba porque tenía que hacerla siempre de nuevo.

A mí me daba lo mismo que el Feli pensara que yo era un ñoño por hacer la cama, o que se picara porque me dieran más comida, con tal que no descubrieran mis poesías y se dieran cuenta de que era poeta.

24 Pan con mermelada

–¡Niños! ¡Niños! –entró el tata hiperventilado hablando fuerte y aplaudiendo a la pieza, para despertarnos–. *Carpe Diem*, *Carpe Diem*, ¡Levántense! ¡Levántense! Tenemos mucho que hacer.

Eran como las ocho de la mañana y nosotros estábamos en el quinto sueño todavía, por eso no entendíamos qué le pasaba.

–Señores, se acabó la flojera, ahora a trabajar se ha dicho. ¡Vamos, arriba los tres! –nos volvió a decir.

–Ahora no tata, es muy temprano –le dijo el Feli con voz de sonámbulo y con los ojos cerrados. Se dio media vuelta y trató de seguir durmiendo, pero le duró bien poco, porque el tata lo destapó de una y tuvo que levantarse no más.

Yo también alegué y me tapé la cara con la almohada para no oír, pero me la quitó exactamente igual que al Feli.

En cambio, el Tito saltó como si lo hubieran invitado a dar la vuelta al mundo en trasatlántico.

–¿A dónde vamos, tata? –le preguntó Felipe con voz de ultratumba.

–A marcar animales, señorito.

–¡Bacán! –dijimos con el Tito. De las cosas del campo, es de las que más nos gusta hacer.

–Pónganse la misma ropa que usaron ayer, porque van a quedar sucios y hediondos. Además los quiero en tres minutos tomando desayuno en la cocina.

Nos levantamos de un salto y apenas alcanzamos a lavarnos la cara para llegar puntuales, porque al tata nunca le ha gustado esperar a nadie. En la mesa había pan recién salido del horno, así que alcancé a comerme uno con mantequilla y tres tragos de leche. Cuando iba abriendo la puerta, apurado porque mis primos ya estaban afuera, la Ester me pasó escondida una cosa envuelta en servilleta.

–Tome, hijito –dijo muy despacio– aquí le puse un pancito con la mermelada de mora que hice ayer, pa' que se lo coma a la hora del hambre.

Lo guardé en el bolsillo del polerón, le di las gracias y me fui.

Cuando llegamos al corral, ya había varios hombres trabajando. Nos acercamos a ellos y el tata le habló a don Elías, el campero, que es súper simpático y buena onda.

–Señores, aquí los dejo en muy buenas manos. Hagan lo que él les mande. Acuérdense que vienen a trabajar y no a molestar. Yo voy a hacer otras cosas y vuelvo a buscarlos a la hora de almuerzo.

Se subió a la camioneta y partió. Nosotros nos quedamos parados al lado de Elías, esperando sus instrucciones.

–¡Güena cosa! –nos dijo poniéndole una mano en el hombro al Feli, que estaba más cerca– vienen de vacaciones y el patrón los hace trabajar, pero no se preocupen na', les voy a dar una pega fácil por ser la primera vez.

Y en la entrada del corral nos dio las instrucciones.

–Pónganse ustedes dos, que se ven más criaítos, en esta puerta, pa'que arreen pa' entro a los animales que ya estén marcados, pero no tienen que pavear na', porque los novillos vienen inquietos y pueden mandarles una patá' –les dijo al Tito y al Feli, que en verdad son de mi mismo porte, pero pesan como diez kilos más que yo– y a uste'... –me miró de arriba abajo– que está

como pollo nuevo aquí.

Tuve que pararme entre las tablas del cerco para aletear y gritarle a los novillos en el idioma de los hombres prehistóricos: "¡Gua, gua! ¡Shiiiito, shiiiito! ¡Uua, uua!". Aunque al principio daba un poco de vergüenza tanto grito raro, después me di cuenta que era la única manera de que los animales entraran a la manga en forma ordenada y se pusieran en fila. Ahí, otro trabajador los llevaba donde un compadre que les ponía un fierro caliente, más bien al rojo vivo en el lomo para marcarlos. ¡Pobres! Aunque no se quejaban, yo creo que les dolía igual, pensé. Además, cada vez que les colocaban la cuestión, salía un olor terrible de malo.

Estaba concentrado al máximo cuando oí al Feli mandar un tremendo grito.

–¡Elías! ¡Elías! Ven, ven rápido.

Todos paramos en seco y corrimos a ver qué había pasado. Resulta que Jacinto, uno de los trabajadores, estaba botado en el suelo y como muerto.

–¡No sé qué le pasó! –dijo asustado Felipe–, estábamos de lo más bien y de repente se cayó al suelo y no se movió más.

–¡Ah! debe haber sido la baja otra vez –dijo de lo más tranquilo Elías.

–¿La Baja? –le pregunté, pensando que así se llamaba la vaquilla que lo había tirado al suelo, pero ¿por qué lo botó si ya lo conoce? –seguí preguntándole.

–¡No, si no fue na' esa vaquilla, cabro! ¡Fue el azúcar! –me contestó de lo más tranquilo–. ¿Quién tiene algo dulce? –preguntó mientras le levantaba la cabeza para hacerlo hablar.

Si no fue la vaquilla, entonces debió haber sido un novillo bien negro y con cara de enojado, que recién había pasado por la puerta del corral y seguramente se llamaba Azúcar. Lo pensé, pero me quedé callado. El ambiente no estaba para seguir haciendo preguntas.

Algunos se buscaron en los bolsillos y se miraban.

–¡Ya po, rápido, muévanse! –nos gritó Elías, ya un poco más urgido –si no come ahora, va a estirar la pata de verda'.

Con la voz fuerte del campero, me despabilé.

–¡Yo! ¡Yo! –salté–. Aquí tengo un pan con mermelada, ¿sirve?

Era justo lo que Jacinto necesitaba. Le dieron un pedazo y al poco rato empezó a moverse y a hablar como si nada.

Volvimos a trabajar, pero yo quedé un poco confundido, no lograba entender cuál de los dos animales había botado al pobre hombre, si la Baja o el Azúcar. Además, tampoco entendí por qué un simple pan con mermelada sirvió para que Jacinto reaccionara y no estirara la pata.

A la hora de almuerzo, les contamos a los abuelos todo lo que había pasado en el corral. El tata nos explicó que Jacinto tenía una enfermedad que se llama diabetes y que a esas personas a veces les baja la cantidad de azúcar en la sangre y se desmayan. Por eso, para que reaccionen hay que darles altiro algo bien dulce.

O sea que mi pan con mermelada le había salvado la vida a un hombre y todo porque soy poeta. Tengo una musa, esa musa me prestó su libro de poesías por el verano y para que nadie lo viera ni me preguntara nada, tuve que esconderlo debajo del colchón y, aunque me diera lata, hacer la cama todos los días. Gracias a eso, fui el regalón de la Ester, y justo ese día para que no pasara hambre, me dio el milagroso pan con mermelada de mora.

25 *Mochila de la eventualidad*

Los días en el campo se me fueron pasando rápido por la cantidad de cosas que se nos ocurría hacer. En las mañanas, casi siempre salíamos a caballo por los cerros a descubrir lugares nuevos. Después a los galpones, para ayudar en la selección de fruta. En las tardes, y cuando hacía mucho calor, nos poníamos debajo de la higuera a conversar, a dormir, o a veces a jugar cartas o ajedrez. Mejor dicho, jugaban el Tito y el Feli. Yo no le achuntaba a una en el famoso juego. Me explicaron treinta veces cómo se movía cada pieza, pero yo las confundía todas, porque en verdad me aburren los juegos en que hay que concentrarse tanto. Entonces, mientras ellos se cabeceaban con las jugadas, yo leía. No el libro de la Anita, sino algunas novelas de Julio Verne y otras igual de antiguas, que el tata todavía tenía guardadas, desde que mi papá y mis tíos eran chicos.

También fuimos varias veces al río a bañarnos y cuando el sol se empezaba a esconder, sacábamos las cañas y empezaba la pesca. Ahí sí que ganaba yo, porque como me daba lo mismo caminar por entre las piedras, podía llegar a las aguas más profundas, donde picaban más los salmones y las truchas. En cambio, el par de "figuritas" eran bastante torpes para eso y se pasaban cayendo.

Una vez, se nos ocurrió invitar a la Cata, a la Bárbara y a la Carola a hacer un picnic a uno de los cerros que están cerca de la casa. Al principio les dio lata, pero después las convencimos. La Ester nos preparó los sándwiches y además nos pasó un paquete de salchichas para asarlas al fuego.

Cuando estábamos listos para salir, la Pepa le preguntó a los mellizos si habían llevado sus cosas para las alergias. Los dos le dijeron que sí, bien rápido, para que ella no les preguntara nada más. Pero como los conoce, sabía que no llevaban todo lo necesario. A mi abuela, las enfermedades y los accidentes la ponen nerviosa, entonces me entregó un montón de cuestiones por si teníamos alguna "eventualidad".

–¿Para qué, Pepa? –le pregunté porque no tenía ni idea lo que significaba eso tan raro.

–Las eventualidades, Federico, son acontecimientos que nos pillan de sorpresa, son imprevistos, entonces siempre es mejor estar preparado por si acaso, ¿me entiendes?

–Un poco, pero no importa. Pásame lo que quieres que lleve y después me explicas más, ahora nos tenemos que ir.

Lo primero que me dio fueron los remedios y aparatos que necesitan los mellizos para superar las crisis alérgicas, que les vienen de un minuto a otro y por las cosas más raras. Si no es el polen, es el plátano, el chocolate o las paltas. También se ahogan si hay mucha tierra o si el sol está fuerte. Para qué decir los bichos, ahí sí que la cuestión se pone seria. Para ellos, todos son peligrosos, y cuando digo todos es todoooos. Desde una simple hormiga hasta la Mantis religiosa. Cualquier cosa negra, amarilla o roja, tenga patas o vuele, especialmente esos zancudos apestosos que hay por todas partes en el campo y que si a los simples mortales normales como yo nos pican, aparte de dolernos un poco y dejarnos unas ronchas chicas, no nos pasaba nada. A ellos, en cambio, les viene el ahogo, quedan afónicos, morados y se les inflan

los cachetes. Entonces si les pasaba eso, tienen que ponerse altiro un remedio con jeringa, hacerse tres puf y echarse una crema asquerosa en la picadura.

Además de todos esos cachitos, tuve que echar parche curitas, desinfectante, gasa, unas pinzas, cortaúñas, mentolatum, un encendedor, como cuatro elásticos de billete, pañuelos desechables, paracetamol y unas tijeras. En resumen, la Pepa transformó mi simple y casi inútil mochila en una ultra importante mochila de la "eventualidad".

El Tito y el Feli llevaron la comida y las bebidas. La Cata, su ipod para que oyéramos música. Nos demoramos casi tres horas en llegar a la cima. Las mujeres parecían tortugas y se quejaban todo el rato de que estaban cansadas o que tenían mucho calor. Al principio las ayudamos, pero después nos dio lata.

Al llegar antes que ellas aprovechamos de sentarnos a mirar la vista espectacular que teníamos desde ahí, pero al rato nos dimos cuenta de que las mujeres se estaban demorando mucho.

–Oye Fede, ¿bajemos a ver qué les pasa? –me dijo el Feli.

Estaba un poco cansado, pero como buen hermano, bajé.

Menos mal que no me había sacado la mochila, porque cuando llegamos la Bárbara estaba llorando porque se había hecho una herida en el tobillo con una rama de espino. A la Cata la había picado algo y también le dolía.



Pensé altiro en eso de las eventualidades y, según la explicación de la Pepa, estas eran dos. Abrí la mochila y busqué el desinfectante. Entonces con una gasa limpié la herida de la Bárbara y le puse una curita. A la Cata le puse mentolatum. Mandó un tremendo grito, pero después se le fue quitando. Cuando volvimos donde estaba el Tito, nos sentamos a comer el picnic. Mientras almorzábamos, los mellizos, que son ultramateos, empezaron a nombrar todos los bichos, árboles y cerros. Sabían sus nombres comunes y los científicos. Nosotros con la Cata nos mirábamos porque nos tincó que más de uno lo inventaron, pero igual pasaron piola.

Seguimos un buen rato ahí, hasta que decidimos empezar a bajar y buscar un lugar más plano para hacer fuego. Las mujeres buscaron palos y ramas secas, pero cuando íbamos a encender la fogata, ninguno tenía fósforos.

–¡Qué lata, no vamos a poder comer las salchichas asadas! –dijo un poco enojada la Cata.

Los demás no dijeron nada, pero estábamos todos iguales.

–Oye Fede, revisa tu mochila, a lo mejor entre tantas cuestiones que trajiste hay fósforos o algo que nos sirva –me dijo el Tito.

–Voy a buscar –di vuelta todo y encontré un encendedor y, además, los pañuelos desechables que también nos sirvieron.

Se prendió a la primera y pusimos las salchichas en palos para asarlas. Mientras esperábamos fuimos hablando de hartas cosas. La Carola nos contó cómo era vivir en Talca; los mellizos, en Valdivia; y nosotros con la Cata, en Santiago. Todo iba de lo más bien hasta que en la salchicha del Feli se paró una chaqueta amarilla, esas abejas que son carnívoras y que muerden muy fuerte. La Carola la vio, pero cuando le iba a decir al Feli, la desgraciada ya lo había picado. En dos segundos se infló como globo, se puso azul y se le acabó la voz. Yo no alcancé a darme cuenta altiro de lo que había pasado porque estaba escuchando a la Cata, hasta que oí el grito del Tito.

–¡Rápido Fede, saca la jeringa y el puf! –me gritó.

Primero le inyectó el remedio y después le puso la máscara con el puf. En diez minutos estaba perfecto. Las mujeres se asustaron un poco, pero cuando lo vieron bien, se les quitó.

Llegamos un poco tarde a la casa y la Pepa nos estaba esperando nerviosa. Primero le contamos las cosas buenas y ella, como si hubiera adivinado, nos preguntó si habíamos tenido que usar algo de la mochila. No nos quedó otra. Le contamos todo. Primero lo de la Bárbara y la Cata, después lo del fuego y por último la crisis del Feli.

–Pepa –le dije– sin que te enojes, pero parece que es verdad eso que los viejos saben más por viejos que por diablos, ¿o no?

–Bueno, algo hay de eso –me contestó riéndose.

Cuando ya estaba por quedarme dormido, pensé en eso de las eventualidades y de estar preparado para los "por si acaso". Entonces me di cuenta de que con la inspiración pasaba lo mismo, porque cuando me viene, me viene no más y tengo que escribir. Por eso decidí que desde ese día en adelante iba a guardar siempre en el bolsillo del pantalón y, además, en mi mochila, un lápiz y una libreta por si acaso me aparece una "eventualidad" inspiradora.

26 Sí o sí

Mis papás llegaron al campo una semana antes de que nos volviéramos a Santiago. Venían muy cansados, mi papá por la cantidad de pega que tuvo en la oficina y mi mamá por la tremenda lata que resultó ser pintar la casa. Nos contó que se la pasó limpiando y sacando el polvo de los muebles, el piso y las ventanas, después de que los maestros lijaran las paredes. Además, y para rematarla, aparecieron filtraciones de agua que también aprovecharon de arreglar.

Aunque fueron pocos días en el campo, igual pudieron relajarse y descansar. Hicimos algunos paseos en familia. Después de comida jugábamos cartas o veíamos alguna película. Una noche, todos los hombres salimos a cazar.

–Ya están peludos –nos dijo el tata al Feli, al Tito y a mí– así que no más mirar y recoger las presas de otros, ahora cada uno tendrá su escopeta y se hará cargo de lo suyo.

Mis primeros tiros fueron a dar a puros troncos, hasta que por fin le achunté justo en el lomo de una pobre liebre. Me dio un poco de pena, pero así es el ciclo de la vida, pensé, como le dijo Mufasa a su hijo Simba en la película *El Rey León*.

El pobre Feli no vio una. Se ponía nervioso y disparaba para cualquier parte. En cambio el Tito resultó ser seco y cazó como tres liebres.

De vuelta, el abuelo nos felicitó y dijo que lo habíamos hecho muy bien para ser la primera vez.

Antes que se fueran los mellizos y como despedida del verano, hicimos un asado con mis primos chicos, mis tíos, la Bárbara, la Carola y sus papás. El abuelo compró un cordero y nos encargó a nosotros que lo asáramos. Jamás me había pasado todo el día en la tontera del fuego. Dándole vueltas al animal y cuidando que la carne no se quemara. Mis primos dijeron que sabían más, pero se pasaron puro peleando, porque cada uno quería hacerlo a su manera, hasta que por fin, y después de cinco horas, la carne nos quedó exquisita.

Cuando se fueron los invitados, nos quedamos conversando al lado del fuego. Hablamos de la lata que nos daba levantarnos temprano y volver al colegio. Nos acordamos también de todas las cosas que habíamos hecho y lo bien que lo pasamos juntos.

Al día siguiente, después de que se fueron mis primos, hice la maleta bien concentrado para que no se me fuera a quedar nada.

En la mochila guardé el libro de poesías que me había prestado la Anita y que escondí todo el verano debajo del colchón. Era lo único y lo más importante que había traído y no se me podía olvidar. Gracias a él, había podido tenerla en mis recuerdos y pude seguir escribiéndole versos.

Cuando tuve todo listo, me fui al corredor donde estaba mi mamá leyendo.

–Fede, después de todo lo que alegaste, parece que lo pasaste bastante bien, ¿o no? –me preguntó.

–Sí, es verdad mamá, pero ya quiero volver a Santiago, no para entrar al colegio, pero sí para encontrarme con el Quique, el Pelao y los demás.

–¿Y con nadie más? –me preguntó con la típica cara que pone cuando quiere que le cuente algo más personal.

–Bueno, obvio –le contesté–. ¿Volvieron ya de la playa?

–Hasta cuando nos vinimos no habían llegado todavía, pero sé que volvían este fin de semana.

–¡Ah!, pero ¿tú viste a la Anita antes de que se fuera? –le pregunté con la confianza que me daba después de haber compartido nuestros secretos.

–Sí, una vez que estaba en la plaza con unas amigas, otra en el supermercado y una tarde que fui a tomar un café a su casa.

–¿Y al de la casa seis? –con esa pregunta traté de pasar piola, pero como las mamás son mamás, no se tragó mi indiferencia.

–Un par de veces con algunos amigos, pero al menos yo no lo vi con la Anita. Fede, mi amor –me tomó la mano y siguió– quédate tranquilo y no te preocupes antes de tiempo.

¡Qué fácil era decirlo! Pero estaba a horas de volver a verla después de dos meses. Entonces era obvio que la cabeza se me llenara de preguntas e inseguridades. ¿Seguirían inspirándome sus ojos y su sonrisa? ¿Me atrevería algún día a mostrarle mis versos, contarle que era poeta y que ella era mi musa? ¿Y si se reía igual que el Quique?

Tantos pensamientos me despertaron la inspiración, así que saqué de mi mochila, ahora siempre lista para todo tipo de "eventualidades", la libreta y el lápiz que compré en el almacén de Braulio y me desahogué.

Cuántos soles y lunas
han pasado
sin poder disfrutar,
de tu ternura, amada.
Aunque el campo y su aroma
de ti me hablaban,
la soledad de mi alma
siempre te añoraba.
Afortunados esos soles
afortunadas las lunas,
que al ver tus ojos
de luz se llenaban.
Y aquí, tan lejos de ellos
este pobre poeta,
seco de inspiración estaba.
A pocas horas de volver a verte,
mi corazón no descansa.
Tiemblo al pensar que
a otros tu sonrisa regalas.
Oh musa de mis sueños,
solo en ti,
mi alma descansa.

Por lo menos escribir me ayudó un poco a dormir más tranquilo.

Cargamos el auto bien temprano para no viajar con el taco y empezaron las despedidas. Primero en la cocina, de la Pepa y la Ester. Ninguna quiso dejarnos en el auto, porque como son mujeres y además tienen sus años, se emocionan un poco. Nos entregaron un tremendo paquete con mermeladas, queso, huevos frescos y pan amasado, sin contar con la fruta que ya habíamos puesto en el auto. "Para que no se olviden tan luego de nosotros", nos dijo la

Ester.

El tata estaba afuera igual de emocionado, pero aunque trató de no demostrar nada, nosotros igual nos dimos cuenta de que le brillaban los ojos.

–¡Gracias por todo, tata! Lo pasé increíble –le dije mientras lo abrazaba.

–Qué bueno, Fede. Ya sabes que esta es tu casa y siempre te esperaremos con los brazos abiertos –me contestó con la voz tiritona.

Lo mismo le dijo a la Cata y a la Paula. Le dio un abrazo a mi papá y un beso a mi mamá. No puedo negar que cuando pasamos el portón, también me dio un poco de pena y se me apretó la garganta.

A cada rato miraba los carteles de la carretera para calcular cuánto tiempo nos quedaba para llegar. Un poco después de pasar el túnel de Angostura, me dio una puntada en la guata. La misma que sentí cuando la Anita ni me pescó por estar conversando con sus amigos en la plaza y yo me piqué con todo.

Bien disimulado y sin hacer ruido, aproveché que mis hermanas y mi mamá venían durmiendo para abrir la mochila. Saqué el libro y volví a leer la poesía que más me gustó. Todas las estrofas terminaba con la misma frase: "¡habrá poesía!", pero la que más me animaba era: "mientras haya esperanza y recuerdos ¡habrá poesía!". Entonces se me quitaba la mala onda y me ponía a escribir.

Por fin, y después de casi tres horas y media de viaje, llegamos a la casa. Era la hora de almuerzo, así que no había nadie en el condominio, pero yo miré altiro si estaba el auto de los vecinos, y si estaban, significaba que la Anita ya había llegado de la playa.

Bajamos las cosas y después salí a dar una vuelta por si la veía, pero como no fue así, me fui a la casa del Quique donde estaban todos.

Pasaron varios días sin verle ni un pelo a mi musa. No podía preguntarle a nadie por ella, así que no me quedó otra que esperar. Hasta que por fin, y después de una semana de clases, nos topamos en la entrada del condominio. Sentí la respiración entrecortada y que la sangre, de un minuto a otro, se me congelaba. Pero como ya me había pasado lo mismo otras veces, respiré y la saludé no más.

–¡Hola Anita! –le dije tratando de disimular mi alegría y al mismo tiempo dominarme para no tartamudear.

–¡Hola Fede! –me contestó casi sin mirar y como si nos hubieramos visto hace cinco minutos. Siguió caminando, pero sin preguntarme nada.

–No te había visto, ¿cuándo llegaron? –le pregunté lo más natural posible.

–No sé, el veintiocho creo. ¿Y ustedes?

–También y... ¿cómo te fue en la playa? –no quería ni oír la respuesta, pero ya se la había hecho.

–Demasiado bien. Nunca lo había pasado mejor en mi vida.

Seguía sin mirarme y caminando apurada.

–¡Ah! –le dije–. Te traje el libro.

–¿Qué libro? –se dio vuelta y me miró por primera vez.

–El de poesías.

–¿De poesías? ¿Cuál?

–El que me pasaste antes de las vacaciones. Dice "Anita" en la primera hoja y además tiene varias páginas que dejaste marcadas.

–¡Ah, ese! Ya se me había olvidado –contestó, moviendo la mano. Me da lo

mismo, si quieres te lo regalo.

En esos pocos segundos alcancé a verle los ojos. Ya no eran los mismos. No pestañeó ni se rió. No se tocó el pelo y parecía que en vez de tener catorce años, durante sus vacaciones en la playa hubiera cumplido dieciséis o diecisiete.

Caminó un poco más rápido, para adelantarme.

–¡Chao! –se despidió, sin darse vuelta. Y entró a su casa.

Ahí quedé yo, parado como un gil. Ella ya no era la misma... La Anita, mi Anita, mi musa, había cambiado. No había que ser muy inteligente para darse cuenta de que ya no le interesaban los hombres que en tres meses más iban a cumplir quince años.

No sé cuánto rato pasó, pero vine a reaccionar cuando sentí que algo me dolía en la pierna. Era el tonto de Pascual que me estaba mordiendo. Le mandé un grito y le pegué en el hocico. No supe si la señora Matilde se enojó por lo que hice, porque entré a mi casa sin oír ni mirar a nadie. Subí la escalera, entré a mi pieza y cerré la puerta. Tomé el libro y saqué las poesías que había escrito en el campo y que guardaba ahí, y las puse en el cajón donde estaban las demás.

Pasaron como dos semanas en que no pude escribir nada, obvio, ¿en quién me iba a inspirar? Ya no tenía musa y sin ella mi vocación de poeta se moriría. Adiós libros, pipa, boina, invitaciones y firmas. Adelante ingeniería, leyes y todas esas latas.

Comía por obligación y me dormía después de dar miles de vueltas. Hasta que una mañana muy temprano desperté, me senté en la cama y me dije: No. Yo voy a ser poeta, sí o sí. Las musas vienen y se van. Si no era la Anita tendrá que ser otra y después otra, pero la pasión y fuerza del llamado a escribir poesías era lo único que tendría para siempre. Así de claro me levanté, me duché y me vestí. Era sábado y el mall estaba abierto.